GUERRAS DE FLANDES.

GUERRAS DE FLANDES,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

Para representarse en el teatro de Novedades en el mes de Octubre de 1862.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAJES.	ARTISTAS.
MARIA PALATINA, Condesa viuda de Egmont..........	Sra. Ortiz.
D. FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO, Duque de Alba...	Sr. Farro.
EL BARON DE NAMUR.....	Sr. Montaño.
BEPPO...	Sr. Quintana.
RUGIERO DE LAMORAL, Conde de Egmont............	Sr. Lopez.
JUAN DE VARGAS........	Sr. Galvan.
JORGE, criado de la Condesa.	Sr. Garcia.
MENDIVIL, paje del Duque..	Sr. Vega.
DÁVILA, enviado de Felipe II.	Sr. Subira.
UN JEFE DE ARCABUCEROS.	Sr. Montenegro.

Nobles flamencos, soldados españoles, jueces, escuderos, esbirros, pueblo.

Bruselas, en 1568.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

D. JOAQUIN GARCIA DE PARREÑO.

Al colocar el nombre de V. al frente de esta obra, cumplo juntamente con la gratitud y el cariño. El poeta y el actor son hermanos desde que un bautismo de aplausos une á los dos sobre ese mundo de martirios que se llama escena.

V., que ha sabido con su talento ser uno de los mas fieles intérpretes de mi *Cervantes*; V., á quien el novel poeta debe uno de sus mas inolvidables triunfos, V. permitirá que pague de este modo una deuda de reconocimiento y amistad.

Si un dia nuestro cariño pudiera entibiarse, bastaria la simple lectura de estos humildes renglones para reanudar el fraterno lazo que une hoy al apreciable artista con

El Autor.

Madrid 31 de Enero de 1862.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon en el palacio de los duques de Brabante en Bruselas. Al fondo galeria que comunica á la parte exterior por una gran puerta en el centro y al interior por los costados. Á la derecha en primer término, una puerta que dá á las habitaciones del Duque de Alba, y á la cual se sube por una escalinata. Á la izquierda, en primer término, un gran balcon, en segundo otra puerta cubierta con un cortinaje: junto al balcon una mesa con tapete blasonado (armas de España); á su lado un sillon. Sobre la mesa recado de escribir, papeles, etc.: muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

Al alzarse el telon, MENDIVIL aparece sentado en el sitial junto á la mesa, JORGE entra por el fondo.

JORGE. Que Dios guarde al favorito
segundo de su excelencia. (Al verle.)
MEND. Dios guarde al adulador
que sin compasion me eleva.
JORGE. ¿No es verdad?
MEND. De exagerado,
Jorge, por mi vida pecas.
JORGE. ¿Hay acaso quien ignore
ya tu fortuna en Bruselas?
MEND. Si es fortuna el ser criado,

fortuna tengo de veras.

JORGE. ¡Escudero del valido!
no exagere tu modestia.

MEND. Eres pertinaz... dejemos
principiada la materia. (Se levanta.)

JORGE. ¿El Duque?...

MEND. Sigue ocupado:
asuntos de grande urgencia
hoy absorben su atencion.

JORGE. ¿Es cosa importante?

MEND. Y nueva.

JORGE. ¿Cómo?

MEND. Despachos de España.

JORGE. (Asustado.)
¡Dios nos valga!

MEND. ¿Qué te altera?

JORGE. La noticia: porque solo
cosas terribles, tremendas,
encierran cuantos despachos
atraviesan la frontera.

MEND. ¡Eres apocado!

JORGE. Soy
hombre al fin, y no de piedra
tengo el corazon.

MEND. (Bajo.) Hay casos
en que debe la prudencia
cubrir con máscara el rostro
y poner dique á la lengua.

JORGE. ¡Tienes razon! mas me espanta
lo que pasa en esta tierra.
Un año ha que el duque de Alba
á su poder la sujeta,
no cual un tiempo la infanta,
que Dios guarde y favorezca,
sino bien distintamente,
¡con el dogal y la hoguera!

MEND. El rey lo manda, es justicia
y preciso la obediencia.

JORGE. Justicia que vierte rios
de sangre, que siembra penas,
es una justicia amarga,
por demas cruda y severa!

MEND. ¡Silencio!

JORGE. Mas qué esperar
cuando absoluto gobierna
no el de Alba, sino un valido
infame, que osado lleva
el signo de renegado,
sobre su frente sangrienta!

MEND. ¡Mentecato!

JORGE. (¡Mas qué digo! (Conteniéndose.)
ha de perderme la lengua,
que entre un lobo y otro lobo
es poca la diferencia!)
Yo no... mas de mis palabras
son prueba patente y cierta
esa desgraciada viuda
de Egmont que allí se lamenta
del suplicio de su esposo,
y la proscripcion que pesa
sobre su hijo, cuyo crímen
está en el nombre que lleva.

MEND. Para ser aragonés,
¡muy flamenco te demuestras!

JORGE. Donde quiera que hay desdichas
Jorge se conduele de ellas.
Tiempo hace que en el servicio
de Egmont entré, mi pobreza
alivio encontró en su casa,
justo es que ingrato no sea.

MEND. ¡Es verdad!

JORGE. Sirve tú al Duque
que poderoso se encuentra,
y déjame ser leal
á esa familia flamenca,
que hoy llora tanta desdicha
como ayer tuvo grandeza.

MEND. Bien dices... mas siento pasos:
alguien viene.
(Miran hácia la izquierda.)

JORGE. ¡Es la Condesa!

MEND. Vóime.

JORGE. (Con sonrisa irónica.)
Si.

MEND. No oso mirarla
nunca... sin que me estremezca.
Es de respeto.
(Váse por el fondo derecha.)

JORGE. ¡Menguado!
(Al verle salir.)
¡Es de estupor y vergüenza!

ESCENA II.

JORGE, la CONDESA, por la puerta de la izquierda.

COND. (Sin ver á Jorge.)
¡No sé qué piense, Dios mio,
me devora la impaciencia!
¡Jorge! (Al verle.)

JORGE. Á encontraros volaba;
mas por evitar sospechas
de un importuno...

COND. ¡Buen Jorge!
¡Oh! te trae la Providencia.
¿Alguien nos oye?

JORGE. (Despues de examinar la escena.)
Ninguno.

COND. Pues habla, no te detengas:
¿viste á Namur, á ese anciano
de lealtad y noblezas
crisol, donde mis martirios
y dolor alivio encuentran?

JORGE. Á su palacio corrí,
cual mandasteis.

COND. (Con precipitacion.) ¡Sigue!...

JORGE. (Titubeando.) Es fuerza
deciros...

CONDE. ¡Pronto!

JORGE. El Baron
no debe hallarse en Bruselas.

COND. ¡Oh, Dios mio!

JORGE. Hace dos dias
desapareció; su ausencia
llora ya su servidumbre,
que augurios tristes lamenta.

COND. ¡Cielos! tambien me abandona
él; ¡mi esperanza postrera!
Mas no, no; víctima acaso
de ese rebaño de fieras,
quizá en hondo calabozo
el desdichado se encuentra.
¡Quizá ya su noble sangre
sirve de riego á la tierra! (Llora.)
No hace un año que el verdugo
me hizo viuda, y ni siquiera
finó un dia sin dejar
de herir á un leal su diestra.
Cuantos fieles se dolieron
de mi mal, en las hogueras
ó en la cuchilla encontraron
el premio de su nobleza.
Del hijo mio, proscrita,
pregonada la cabeza
ví: tan solo con la huida
pudo librar su existencia;
y cuando perdido acaso
le miro en lejanas tierras,
cuando aun ignoro si vive
ó dónde se halla su huesa,
y tan solo de ese anciano
la solicitud paterna
consuelo á mis penas daba,
le pierdo tambien!

JORGE. ¡Es fuerza
que finen tantos martirios!

COND. ¡La roja sangre que humea
aun no es bastante! ¡De sangre
nunca se sacian las hienas!
(Con ferocidad.)

JORGE. Mas conteneos, que estamos
á la boca de su cueva.
(Mirando con recelo hácia la derecha.)

COND En esas habitaciones
paso mis horas postreras,
¡que horas de tormento son!

JORGE. ¡El lobo guarda la oveja!

COND. ¡Para devorarla acaso!

JORGE. ¡Ay, si á tanto se atreviera!
COND. ¡Desdichada! ¡Quién ahora
dará consuelo á mis penas!
¡quién me prestará su apoyo!
¡ay triste!
NAM. (Apareciendo an la puerta del fondo.)
¡La Providencia!

ESCENA III.

DICHOS, NAMUR, por el fondo, que avanza al proscenio con pausa. La Condesa dá un grito de alegria y corre á sus brazos. Jorge se vá hácia el fondo derecha.

COND. ¡Qué veo! ¡Namur!
NAM. ¡Señora!
COND. ¡No es sueño, no es ilusion!
¡de placer mi corazon
parece que estalla ahora!
¡No me olvidó!
NAM. (Con ternura.) ¿De esa suerte
me juzgabais? ¡Olvidaros,
cuando para abandonaros
tendrá que herirme la muerte!
COND. En vos mi dolor confia
hallar apoyo y consuelo.
NAM. Tras horas de amargo duelo
vienen horas de alegria.
COND. ¡De alegria! (Con amargura.)
NAM. En ello fio:
de Dios el poder eterno,
tras las nieblas del invierno,
nos guarda el sol del estio.
Bien podrá el dolor calmar
de vuestro pecho por cierto,
quien dá palmas al desierto
y corales á la mar.
COND. Para remediar mis males
un prodigio no bastara.
NAM. ¿Quién, Condesa, quién dudara
de los juicios eternales?
COND. Ví morir en mi redor

cuanto me ha sido querido,
y mi corazon, herido
de muerte, dejó el dolor.
El sepulcro me convida
con el bien por que me afano;
¡no llega el poder humano
á devolverme la vida!

NAM. En consolaros insisto.

COND. ¡Es consuelo imaginario!

NAM. ¡Lázaro rompió el sudario
á la voz de Jesucristo! (Con solemnidad.)

COND. Vuestro celo cariñoso
os ciega: ¡fuera locura!
¿En su triste sepultura
dareis la vida á mi esposo?

NAM. ¡Vuestro esposo!...

COND. Al rey leal,
el rey premió su nobleza
colocando su cabeza
bajo el cuchillo fatal!

NAM. ¡Cuántos gimen sin ventura
como vos gemís, señora!
¿Quién hoy en Flandes no llora
ante alguna sepultura?
¿Quién no se espanta y aterra
ante ese lago sangriento,
que de momento en momento
avanza sobre esta tierra?
Aqui no hay seguridad, (Con rapidez.)
estamos sobre un abismo;
solo triunfa el despotismo
y muere la libertad.
Bajo la dura opresion
de verdugos y señores,
caen nuestros hombres mejores
muertos en la Inquisicion;
pero el rayo brillará
de la tremenda venganza,
señora: en tanto, esperanza;
el cielo nos salvará:
caerán presto estas almenas
de nuestras armas al fuego:

tarde ó pronto, de ira ciego,
rompe el pueblo sus cadenas.

COND. Cuando recuerdo aquel dia
en mi memoria grabado,
que en un infame tablado...
¡Jesus mil veces!

NAM. ¡María! (Con cariño.)

COND. ¡Esposo mio! (Llora.)

NAM. Prolijos
son vuestros llantos ahora.

COND. ¡Ay!

NAM. Enjugadlos: señora,
vivid para vuestros hijos.

COND. ¡Mis hijos! nuevo dolor
á tal recuerdo me ha herido.
¡Mis hijos! ¡cuando perdido
veo al hijo de mi amor!
Dias llevo de amargura
que sus ausencias deploro
desolada, y hasta ignoro
dónde está su sepultura!

NAM. Dad treguas á la afliccion,
pues acaso...

COND. No; su huida
casi es por mí bendecida,
pues ella es su salvacion.
¡Su cabeza pregonada
está... me aterro y espanto!
si dan con él... ¡Cielo santo!
¿Hay madre mas desdichada? (Desesperada.)

NAM. Tal vez concluya su ausencia.

COND. ¿Cómo, qué decis? (Despavorida.)

NAM. Calmaos.

COND. Pero explicad...

NAM. Serenaos,
fiad en la Providencia. (Con intencion.)

COND. Si, si; bien, teneis razon:
en ella tan solo fio...
mas, decis que el hijo mio... (Mucha ansiedad.)

NAM. Cosas de los tiempos son.

COND. Decid, impaciente aguardo,
acabad.

NAM. El buen Rugiero...
COND. Cielos, ¿se halla prisionero?
¿Muerto?
NAM. No... mas... (me acobardo...)
(Desde este momento ambos parecen olvidarse del lugar donde se hallan, dominados por la situacion. Escena rápida.)
COND. ¡Ay! (Impaciente.)
NAM. En Tréveris se hallaba
con el de Orange...
COND. Lo sé...
NAM. Á ofrecer su espada fué.
COND. Decid, que mi vida acaba!
NAM. Poner fin á nuestros males
el gran Guillermo intentó;
su bandera tremoló
en medio de los leales,
y decidióse por fin,
que en tanto que diligente (Á media voz.)
avanzaba con su gente
hácia los bordes del Rin,
vinieran los mas osados
á dar el grito de guerra
en el centro de esta tierra
ya enemiga.
COND. ¡Desgraciados!
¿Y vinieron?
NAM. Sin tardanza
por disfraces protegidos,
se hallan todos decididos
á dar fin á la venganza.
COND. ¿Y son?... (Clavando sus ojos en Namur.)
NAM. Vinter, el tribuno,
Gravila, el noble marqués.
Montmorenci el holandés.
COND. ¿Y no se os olvida alguno? (Estúdiese.)
NAM. Señora...
COND. (Llorando y suplicando á la vez.)
¡Por compasion!
¿Es él?
NAM. ¡Pero!...
COND. ¡Qué agonia!

¿Decid?

NAM. ¡Mata la alegria!

(En este momento Vargas aparece en la puerta de la derecha; ambos le ven y se sorprenden, procurando disimular. Vargas baja poco á poco la escalinata.)

VARG. (¡Muy bien!) (Para sí.)

COND. ¡Cielos!

NAM. ¡Maldicion!

ESCENA IV.

DICHOS, VARGAS.

VARG. Yo me doy el parabien
de hallaros aqui á los dos.
¡Que os guarde, señora, Dios!

NAM. ¡Maldito seas, amen! (Ap.)

VARG. (Sin avanzar un paso.)
Siempre á mi cariño fiel,
soy vuestro siervo, señora!

NAM. (Cuando el cocodrilo llora
triste del que fia en él!)

COND. (¡Me causa el mirarle horror!
¡á su presencia me aterro!)

NAM. (Queriendo contenerla.)
Ved, señora, que es el perro
del feroz gobernador!
(Precipitado todo: la Condesa apenas puede contener su ansiedad.)

COND. (¿Y mi Rugiero?)

NAM. ¡Callad!
(Un jefe necesitaban
y nadie mas digno hallaban.) (Rapidísimo.)

VARG. ¡Secretos!

COND. (Ap. á Namur suplicándole.)
¡Por Dios!

NAM. Tomad.
(Le entrega un collar con un relicario.)

COND. ¡Jesus! (Tómalo y lo reconoce con precipitacion.)

VARG. ¡Cómo! (Observando y sin moverse.)

COND. ¡La bendita
cruz que en su pecho llevaba!

NAM. ¡Silencio!
COND. (¡Cerca se hallaba!
¡Hijo del alma!)
VARG. Se agita,
llora; ¿qué será?
COND. Velad
por él... el gozo me inunda.
(Va á preguntarle en un arranque maternal y se encuentra con Vargas, quecon frialdad se vá acercando.)
Decidme... (Estúdiese.)
(Al ver á Vargas, con despecho y aparte.)
(¡Dios te confunda!)
VARG. Si os estorbé... ¡perdonad!
(Separándose, pero observando.)
COND. (Con dolor al ver que Namur se va á alejar.)
¡Pero decidme si al fin!...
VARG. ¿Qué es esto?
NAM. (Rápido á darle la mano.)
Oid, á la hora
de media noche, señora,
asomaos al jardin.
(Con intencion señala el balcon: rapidísimo.)
COND. ¡Qué horror! ¡No! ¡No!
NAM. (Con intencion.) ¡Mas si vos!...
COND. (Cediendo á otro impulso.)
Si, si....
(Vá á hablar otra vez y torna á reparar en Vargas.)
¡Cielos, qué martirio!
¡No hagais caso de un delirio!
Id y confiad en Dios...
velad, velad por su vida...
NAM. ¡Conteneos! (Con intencion.)
COND. (Conteniéndose.) ¡Si estoy loca!
VARG. (Ap.) Mi curiosidad provoca...
COND. ¡Namur!
NAM. (Arrostrando por todo y aparte.)
¡Se encuentra perdida!
¡Adios, señora!...
(Para salvar la situacion.)
COND. (Con afan.) Esperad.
NAM. ¡Adios!... (Ya en el fondo.)
COND. ¡Ay de mí... se aleja!

VARG. ¿Qué es esto?
COND. ¡Dios os proteja!
VARG. (Yendo á ella.) Noble Condesa...
COND. (Con dignidad) ¡Apartad!...
(Namur se va por la puerta del fondo. La Condesa queda arrobada besando la cruz que aquel le dió. Vargas se dirige á ella, que con un movimiento de orgullo y dignidad le detiene, y cruza por delante de él entrándose en su cámara.)

ESCENA V.

VARGAS solo. Luego el duque de ALBA. Principia á anochecer.

VARG. (Mirándola salir con desdeñosa sonrisa.)
Caña indócil que aun lozana
resistes al recio embate
del huracan que te abate
y te quebrará mañana!
¡Necia mujer! Si rendido
humillo ante tí mi frente,
es porque guardo en mi mente
un pensamiento atrevido,
una soñada ilusion
que luz y vida destella;
Condesa, tú eres la estrella
del carro de mi ambicion!
DUQUE. (Saliendo de sus habitaciones)
¡Vargas!
VARG. ¡Señor! (Yendo á él.)
DUQUE. Mi noble secretario,
vengo tras vos; en mi apartada estancia
ni aun puedo respirar... en este sitio
recobra el pecho su perdida calma,
todo me abruma allí, la fresca brisa
de esos jardines respirar me agrada.
(Se sienta en el sillon junto á la mesa.)
Aqui despacharemos los negocios
que mas nuestra atencion por hoy reclaman.
VARG. ¿Y el descanso, señor?
DUQUE. Vendrá mas tarde;
¡primero es el servicio del monarca

Ya escuchasteis sus últimos mandatos;
no ceder, ó morir en la demanda;
ahogar en sangre la rabiosa hidra
de la herejia, que estos campos tala:
purificar sus aires con el fuego,
asegurar sus tierras con las armas.

VARG. ¡Es mandato del rey!

DUQUE. Cumplirlo es justo.
Vamos á concluir, Conde de Vargas.

VARG. (Toca un timbre que hay sobre la mesa, y Mendivi aparece por el fondo de la derecha.)
Los despachos traed.
¡Luces! (Váse Mendivil.)

DUQUE. Sentaos: (Á Vargas.)
(Á Mendivil que entra con una bandeja de plata llena de papeles, y un criado con un gran candelabro encendido que deja sobre la mesa. Ambos por el fondo de la derecha.)
¡y que nadie penetre en esta estancia!
(Mendivil saluda y váse por donde salió con el criado. Vargas se sienta al otro lado de la mesa, de espaldas al balcon.)
Veamos qué hay de nuevo, secretario;
cuántos males encierran esas cartas.

VARG. (Examinando papeles.)
En Harlem unos fieros sediciosos
prendidos ya; con gritos proclamaban
la ansiada libertad.

DUQUE. Se la daremos:
(Con frialdad.)
una hoguera en Harlem.

VARG. (Repasando otro papel.) Torpe asonada
ha estallado en Ipres; libertar quiso
el pueblo á un sentenciado iconoclasta;
del fuego lo arrancó; tuvo el verdugo
que acabar con el reo á puñaladas.

DUQUE. Cuatro, por cada seis de esos rebeldes,
arrastrados y ahorcados sin tardanza.

VARG. Nobles se hallan tambien entre los reos
que el fuero altivo de hidalguia aclaman.

DUQUE. El fuero les escuda: esos tan solo
morirán degollados.

VARG. (Repasa otro papel.)
Se levanta
el Concejo de Amberes en protesta
contra el nuevo tributo.

DUQUE. ¡Ya se cansan!
Yo su protesta acepto sin demora
y castigar tambien sabré su audacia.
¿Quién firma ese papel de rebeldia?

VARG. Los once regidores.

DUQUE. Otras tantas
ejecuciones en secreto, al punto
dejará mi verdugo terminadas.

VARG. Súplicas y protestas, que prolijo
fuera el enumerar... son estas cartas.

DUQUE. Basta ya: de Guillermo de Nasau
¿nuevas llegaron?

NARG. En juntar se afana
á las orillas del Meúsa tropas.

DUQUE. ¡Dejaré su osadia castigada!

VARG. Se dice que Vinter, Var, Montmorenci
y otros nobles tambien, con loca audacia
vienen hácia Bruselas.

DUQUE. ¡Por mi nombre!
aun hallarán enrojecida el hacha
que en la sángre de Egmont y de Rineldy,
de Bergis y de Horn quedó empapada.
¡Ay del que caiga en mi poder, terrible
ha de ser su castigo... pero falsa
tal noticia será... fuera locura
en ellos increible.

VARG. Lo juzgaba
lo mismo hace un instante, mas ahora...
casi empiezo á dudar. En viva plática
al Baron de Namur con la Condesa
há poco sorprendí.

DUQUE. ¿Cómo?

VARG. Pintada
la ansiedad en sus rostros y turbados
con mi presencia luego...

DUQUE. ¿Será tanta
su insensatez ¡oh Dios! y su demencia
por mi daño y su mal? ¡Desventurada!

Madre infeliz que lloras prisionera
de un esposo y un hijo la desgracia,
¿por qué al leon acosas que perdona
si aun puede devorar?

VARG. Ella con lágrimas
volveria á vencerle...

DUQUE. ¡No, no puedo! (Ap.)
su destino me aterra, me acobarda.
De su propia desdicha es necesario (Alto.)
salvar á esa mujer, que fascinada
tal vez por los rebeldes, su bandera
osará proclamarse: sin tardanza,
para Cambray saldrá con su familia.

VARG. ¿Y cuándo marchará? (Con viveza.)

DUQUE. ¿Cuándo? mañana.

VARG. ¡Y os llamarán cruel!

DUQUE. Y por desdicha
al llamarme cruel ¡ay! no se engañan.
Como el leon, que en su cubil, hambriento,
mira abiertas las rejas de su jaula,
y lanzándose al circo, vé la presa,
y ruge de alegria al contemplarla,
y en despojos al punto la convierte,
y su furor en los despojos sacia,
asi Flandes me vió, cuando hace un año
sobre Flandes caí: vos que mi marcha
seguisteis paso á paso en el camino
que tracé en estas tierras con mi espada,
ayudante... ó amigo, colocado
junto á mí por la mano del monarca,
vos visteis cuál cumplí; nada Felipe
que exigirme tendrá. Flandes gritaba,
y sus gritos ahogué: sangrientos lagos
inundaron sus fértiles comarcas,
vos lo aprobasteis, tribunal terrible,
ejecutor de la real venganza,
por su jefe os miró; del soberano
el mandato seguí... leal descansa
mi altivo corazon... mas escuchadme,
el rey es lo primero, una asonada
nos puede sorprender: que se vigile
sin tregua ni descanso, dobles guardias

mandad poner.

VARG. Espias sigilosos
prevenidos estan; la vigilancia
de mis fieles esbirros es notoria.

DUQUE. Del Baron de Namur cerquen la casa.

VARG. Mejor fuera prender á ese flamenco,
gigante de soberbia.

DUQUE. Con su audacia
tal vez luces nos dé. Que se le espie;
tiempo para prenderle habrá mañana.
Id y cumplid cual siempre.

CARG. De Felipe
un fiel criado soy.

DUQUE. Id sin tardanza.

(Vargas saluda y se vá por el fondo derecha.)

ESCENA VI.

El DUQUE solo. Luego el JEFE de arcabuceros.

DUQUE. En la dura situacion
que me coloca el poder,
los gritos del corazon
tiene que ahogar la razon
con los gritos del deber.
Mucho me llega á costar
si á mis lealtades cedo,
mas si quiero meditar,
sin poderlo remediar,
¡de mí mismo tengo miedo!
¡Miedo quien al mundo espanta,
y hace con reinos cimiento
para colocar su planta!
¡Ay, si! que aqui se levanta
cruel el remordimiento!
Y aunque para tanto mal
por buscar sancion me afano
en la voluntad real,
no puedo! una voz fatal
grita sin cesar... ¡Tirano!
Terrible por vida mia
es el camino que sigo

á solas con mi agonia,
buscando ansioso al amigo
y solo hallando al espia!
Siempre vasallo leal,
Felipe, respeto el yugo
de tu grandeza real,
mas veo que por igual
me colocas del verdugo!
Á impulsos de tal dolor
desgarrar mi peso siento!...
mas esclavo del honor... (Transicion.)
si es muy grande mi tormento
es mi lealtad mayor!

(Un jefe de arcabuceros aparece en el fondo.)

¿Quién se acerca? ¿qué quereis?

JEFE. Un hombre de aspecto fiero,
por la traza aventurero,
pretende que le escucheis.
En la puerta detenido
por la guardia que la cela,
atropelló al centinela.

DUQUE. ¿Y aun respira el atrevido? (Airado.)
¡Su insolencia castigad!

JEFE. No se abate fácilmente,
hecho preso por mi gente
muestra su serenidad.

DUQUE. ¿Y qué pretende? (Se levanta.)

JEFE. Una audiencia;
pero yo su atrevimiento
castigaré.

DUQUE. No; al momento (Como inspirado.)
conducidlo á mi presencia;
id.

(El Jefe saluda y sale por el fondo.)

No sé por vida mia
qué piense de ese atrevido,
y me tienen sorprendido
su insolencia y osadia.
Debo el misterio aclarar,
y por si encuentro ocasion
de comprar una traicion
no le quiero despreciar. (Se sienta.)

ESCENA VII.

El DUQUE. BEPPO en traje de aventurero, de aspecto fiero, con una cicatriz que le cruza el rostro, aparece en el fondo con aire desenvuelto, seguido de dos soldados, que quedan en la parte de afuera. Beppo avanza al proscenio con descaro; el Duque le contempla admirado de su arrogancia: ambos se examinan un momento en silencio.

DUQUE. (Mala traza.) Dí, quién eres?
BEPPO. Quien de hacer mal aburrido
á vos llega arrepentido.
DUQUE. ¿De dónde vienes?
BEPPO. De Amberes.
DUQUE. ¿Á quién sirves?
BEPPO. Á mi espada.
DUQUE. ¿Y qué pretendes?
BEPPO. Fortuna.
DUQUE. ¿Cuentas familia?
BEPPO. Ninguna.
DUQUE. ¡Audacia tienes!
BEPPO. Sobrada.
DUQUE. ¿Sabes con quién hablas?
BEPPO. Si.
DUQUE. ¡Eres por Dios insolente!
BEPPO. Es cierto, que vuestra gente
por tal me condujo aqui.
DUQUE. ¡Vive el cielo!
BEPPO. Tal furor
ved, señor, de contener,
pensad que os vengo á ofrecer
un importante favor.
DUQUE. ¿Un favor á mí? ¡Menguado!
no sé cómo me contengo!...
BEPPO. Noble señor, ved que vengo
en vuestra bondad fiado.
Nací por casualidad,
y desdeñoso el destino
regó con llanto el camino
de mi terrible orfandad.
En mi educacion ufanos

maestros fueron á porfia,
rufianes de Andalucia
y tahures venecianos.
Creí medrar en campaña
y serví con arrogancia,
en el Rosellon á Francia,
en el Piamonte á España.
Sin esperanza ninguna
terminada ya la guerra,
volví, señor, á esta tierra,
girasol de la fortuna.
Bruselas, pobre me vió,
sin amparo, sin abrigo,
hasta que encontré un amigo
tan infame como yo.
Era Gelver, valenton
odioso, fiero, malvado;
en estátua ya quemado
por la santa Inquisicion.
De las justicias afrenta
fuimos los dos, y ni un dia
en Flandes amanecia
sin una hazaña sangrienta.
Mas de Gelver la ambicion
era tanta, que el malvado
un dia, dejó pagado
mi apoyo con su traicion.
Una noche ¡Dios de Dios!
quiso arrancarme la vida;
me hirió y apeló á la huida
con el oro de los dos.
Á los combates volé,
y buen guerrero en campaña,
por las banderas de España
bravo y honrado luché.
En vano fué que el botin
buscase tras la victoria
y que el aire de la gloria
respirase en San Quintin.
En aquel terrible instante
que aun Francia llora indignada,
recibí esta cuchillada

que desfigura el semblante.
De enemigos rodeado,
cerca estaba de la muerte,
cuando por mi buena suerte
llegó en mi auxilio un armado.
Ante su terrible acero
huye la hueste espantada,
y sin alzar su celada
á mí se acerca el guerrero
con tierna solicitud;
yo apenas hablar podia,
¡mas por mi rostro corria
el llanto de gratitud!
Dije: No puedo pagaros,
y pues mi vida salvais,
si de ella necesitais
venid en ella á cobraros.
Acepto, dijo aquel hombre;
y sin que yo mas entienda,
tomó mi daga por prenda
y huyó sin decir su nombre.
Desde entonces mi esperanza
está á dos deudas unida:
es una deuda mi vida,
y otra deuda mi venganza.
Cansado ya de hacer mal
y sin poder hacer bien,
quiero buscar un sosten
contra mi sino fatal.
Tal es mi historia, señor;
os la dije, y no os asombre,
porque conozcais al hombre
que os va á prestar un favor.

(El Duque se levanta, le examina un momento, y le dice. Escena rápida hasta el fin. Hace una seña y el Jefe y los soldados salen.)

DUQUE ¿Tú?

BEPPO. Lo vais á comprender.

DUQUE. ¡Habla! (¡Me tiene asombrado!)

BEPPO. ¿Y este secreto de estado
cuánto me podrá valer? (Con truhaneria.)

DUQUE. Di sin tardanza.

BEPPO. Escuchad: (Bajo.)
Cerca de mil descontentos
de sangre vuestra sedientos
han entrado en la ciudad.
Ya con entusiasmo ven
del triunfo el camino abierto...

DUQUE. ¿Y cómo lo has descubierto?

BEPPO. Porque me vendí tambien.
El de Orange, en las fronteras
del Guaderlain, convocó
los suyos y nos llamó
otra vez á sus banderas.
Y ordena sin dilacion
que vengan los mas osados
á dar en estos estados
el grito de rebelion.
Ayer noche en la ciudad
penetraron los mejores.

DUQUE. ¡Me asombra de esos traidores
la ciega temeridad!

BEPPO. Por caudillo han proclamado
con entusiasmo prolijo,
al jóven Rugiero, al hijo
de Egmont el ajusticiado.

DUQUE. El castigo les espera:
¿y sorprenderlos podria?

BEPPO. Yo, señor, os mostraria
su escondida madriguera.

DUQUE. ¡Oh! si, si; tienes razon:
tu favor es importante
y premio no habrá bastante
para pagar tu traicion.
En mi cámara entraremos;
nos pueden oir aqui.

BEPPO. Como gusteis pues.

DUQUE. Allí
del asunto trataremos.
(Llama, aparece Mendivil.)
¡Hola! Oid: sin órden mia
nadie aqui penetrará
ni del palacio saldrá
aunque luzca el nuevo dia.

¡Vamos! (Á Beppo.)

BEPPO. De mi delacion
voy el premio á recoger.
(El Duque hace una seña á un paje, que le precede con una luz; luego se vuelve á Beppo y le indica que le siga. Beppo va á seguirle, en este momento, y al comenzar á subir la escalinata que conduce á la cámara del Duque, el Conde Vargas aparece en el fondo: Beppo le ve, se estremece, y dice lo que sigue á media voz, y devorando á Vargas con la vista.)
¡Mas cielos! ¡Qué llego á ver!
¡No es sueño! ¡No es ilusion!
(En este momento, el Duque, ya en el dintel, se vuelve y sin ver á Vargas, hace á Beppo una seña imperiosa para que le siga. Este le sigue como fascinado por la vista de Vargas.)

ESCENA VIII.

VARGAS, MENDIVIL.

VARG. (Á Mendivil, y mirando hácia la cámara del Duque.)
Mendivil, ¿quién es ese hombre?

MEND. Ignoro, señor, quién es;
mas sí es cierto que en palacio
entró con seguro pié.

VARG. ¿Cómo?

MEND. Por todo atropella;
y cuando le creo ver
castigado, su excelencia
con él se muestra cortés.

VARG. Misterios son que me admiran,
mas necesito saber...
que si al rey el Duque sirve
yo soy la sombra del rey.

MEND. Ordenó que nadie entrara
en su cámara.

VARG. Está bien.

MEND. Alguien viene.

VARG. ¡Es la Condesa!

MEND. ¿Qué ordenais?

VARG. Retírate.

(Mendivil se vá por el fondo derecha.)

ESCENA IX.

VARGAS, sin ser visto por la CONDESA, que sale de su cámara.

COND. Ya la noche llegó: tiemblo y vacilo
cual hoja estremecida
por el soplo del cierzo combatida!
¡Causa el silencio espanto!
Señor, que desde el cielo
contemplas mi dolor y mi quebranto...
¡otorga á mi cariño una esperanza
para calmar mi duelo!
Yo deseo saber... fuera locura:
todo reposa en calma:
la noche es triste, oscura
como la lucha que sostiene el alma!
¡No sé qué hacer, Dios mio!
Hijo del corazon! ¡Quién á estrecharte
en sus brazos llegára!...
Mas ¡ay! ¡deseo impio!
¡en cadalso mi abrazo se trocára!
¡Mátame la impaciencia!
VARG. ¡Condesa! (Avanza.)
COND. ¡Cielos, vos! (Asustada.)
VARG. Que no os asombre
ni pavor os infunda mi presencia.
COND. (¡Horror me causa este hombre!)
VARG. Tras de vos como errante peregrino
vuela mi pensamiento presuroso,
y al salir á encontraros al camino
un apoyo os ofrezco generoso.
COND. ¡Qué me decis! (Sin comprender.)
VARG. Os encontrais perdida,
por el rey don Felipe vigilada,
por el de Alba oprimida,
de amigos y parientes olvidada,
y solo en tal quebranto
teneis para consuelo triste llanto.
Cien y cien veces asomó á mi labio

lo que deciros quiero
y en el labio espiró: mas hoy que miro
avanzar contra vos el mal postrero,
fuera el callar á mi cariño agravio.

COND. No comprendo...

VARG. Del rey tengo favores,
sobre el virey se cierne mi fortuna,
y puedo á vuestros ojos
abrir senda de flores
ó vuestra senda tapizar de abrojos.
Si, Condesa; al mirar tanta hermosura
y al contemplar al par tanta desgracia,
tembló mi corazon estremecido
al soplo del dolor y la ternura,
por extrañas pasiones combatido:
decidme una palabra solamente
y vuestro duelo cambiaré en ventura.

COND. ¿Es palabra de sangre?

VARG. Es de cariño;
de amor inmenso que mi pecho siente.

COND. ¡Horror! (Horrorizada.)

VARG. Amenazada
vuestra existencia está.

COND. ¡Dichosa muerte!

VARG. Hoy mi mano os ofrezco, y de esa suerte
os salvareis.

COND. ¡En sangre está manchada!

VARG. ¡Terrible es tal porfia!
La fortuna os espera;
cesad, cesad, señora:
reina de Flandes os vereis un dia.

COND. Jamás en los desiertos la pantera
suplica á la gacela que devora.

VARG. Por la postrera vez.

COND. ¡Sellad el labio!
(¡Ay, hijo de mi amor! ¡Fatal momento!)

VARG. Yo, para tu tormento
devolveré venganza por agravio!

DUQUE. ¡Pronto, escuderos, á mí! (Dentro.)

COND. ¡Oh, Dios! ¡Me infunde temor!

(El Duque aparece en la puerta de su cámara seguido de Beppo. En el fondo aparecen Mendivil y criados.)

ESCENA X.

DICHOS, El DUQUE, BEPPO, MENDIVIL. El Jefe de soldados y criados. La CONDESA queda apoyada junto á la ventana. Rapidez hasta el fin.

DUQUE. Vargas. (Al verle.)
VARG. ¡Mi Duque y señor!
(¡Algo de nuevo hay aqui!)
DUQUE. (Á Mendivil.)
Antes que despunte el dia
ved que cincuenta soldados
en los patios preparados
esperen una órden mia.
Este hombre, que no os asombre,
(Á Vargas.)
hizo un favor á la ley;
es un servidor del rey,
desde hoy respetad á este hombre.
(Señalando á Beppo, que desde su salida no quita los ojos de Vargas.)
Y vos sin mostrar dureza, (Al Jefe.)
leal le custodiareis,
mas ved que me respondeis
de ese hombre con la cabeza.
(El Jefe saluda y pasa con cuatro soldados á rodear á Beppo, que permanece impasible.)
COND. ¿Por qué tan negros temores,
pobre corazon, recelas?
DUQUE. (Á Vargas bajo.)
¡Mañana adorno á Bruselas
con cabezas de traidores!
BEPPO. (Al Duque.)
Seré vuestro esclavo fiel.
(Fijando sus ojos en Vargas. Todo rapidísimo.)
¡El cielo me trajo aqui:
él no se acuerda de mí...
¡mas yo no me olvido de él!
VARG. ¡Es un perro delator!
(Mirando á Beppo con desprecio.)
DUQUE. ¡Mi castigo los alcanza!

BEPPO. ¡Señor!, ¡Cumple mi venganza! (Al cielo.)

COND. ¡No me abandoneis, Señor!

(La Condesa cae de rodillas junto á la ventana, como ajena á cuanto pasa. El Duque se dirige á la puerta del fondo, indicándole á Vargas que le siga. Beppo queda clavado mirándoles partir, y rodeado de los soldados.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del gobernador: al fondo una galeria á la que se sube por una escalinata, y cuyo intercolumnio se halla cubierto por un gran cortinaje: á la derecha puerta de entrada, á la izquierda otra que comunica con el interior; en segundo término á la izquierda otra puerta. Mesa con tapete, papeles y recado de escribir; sillones y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

El DUQUE DE ALBA sentado, MENDIVIL de pié.

DUQUE. Miguel, ¿y el Conde?
MEND. Señor,
en las prisiones se encuentra
vuestras órdenes cumpliendo.
DUQUE. ¡Mucho en ello se interesa!
Ves y dile que le aguarda
el Duque con impaciencia.
(Mendivil saluda y váse por la izquierda.)

ESCENA II.

El DUQUE, luego VARGAS.

DUQUE. Por Dios no puedo arrancar
de mi mente aquella escena;

todos audaces cayeron
en la red que les tendiera;
su loco orgullo me asombra,
su fin siniestro me aterra.
Vinter, Frisia, en el cadalso
terminará vuestra empresa.
Mas ¡ay! cuando hallar pensaba
un gigante de fiereza
en ese Egmont... casi un niño
encuentro... ¡pobre Condesa!
Sin embargo... aun queda tiempo;
los presos leales niegan
que ese jóven sea Egmont;
dicen que está en la frontera,
y aun no llegó... mas no hay duda,
¡es Egmont! ¡Pobre Condesa!
Si á ese jóven reconocen!...
¡Dios mio! ¡que Egmont no sea!
¿Y bien?
(Ansioso á Vargas, que entra por la derecha.)

VARG. Nada... ni el tormento
favoreció nuestra idea.
Confiesan la rebelion,
pero la presencia niegan
del jóven Egmont; sostienen
que no pasó las fronteras.

DUQUE. (Son leales.) De ese modo
muy poco que hacer nos queda.

VARG. Ajusticiar á los presos
y alejar á la Condesa.

DUQUE. ¡La sangre fria de este hombre
hoy mas que nunca me aterra! (Ap.)
Teneis razon. De ese modo
ese jóven... libre queda. (Estúdiese.)

VARG. ¿Libre decis?

DUQUE. ¿Es injusto?...

VARG. Injusto el soltarle fuera.
¿Pues qué, del rey don Felipe
olvidais la órden expresa?
«Si al hijo de Egmont prendeis,
»haced sin tardar que sepa
»aun antes que su prision

»de su ejecucion la nueva.»

DUQUE. ¡Eso dice el rey! (*Con amargura.*)

VARG. Lo dice.

DUQUE. Y aunque obedecerle es fuerza,
si no es Egmont ese niño
¿cómo cumplir lo que ordena?

VARG. ¿Aun dudareis?

DUQUE. Que es el conde,
ya lo sabeis, todos niegan.

VARG. Para una astucia, otra astucia;
la astucia vence á la fuerza.

DUQUE. ¡Qué decis!

VARG. Antes que el sol
llegue al fin de su carrera
comprendereis lo infundada
que ha sido vuestra indulgencia.

DUQUE. (¡Este hombre es hierro, me espanta!)
¿Y qué intentais?

VARG. ¡Cosa cierta!
una vista entre el Baron
de Namur y la Condesa.
El Baron todo lo ignora;
aunque tenga su sospecha,
la madre nada ha sabido:
se ven, vence la imprudencia,
y cediendo al sentimiento
lo que hay de cierto revelan.

DUQUE. Y habeis hecho...

VARG. Al de Namur
avisar, y á la Condesa
conducir aqui.

DUQUE. ¡Es terrible!

VARG. Hice mas, para que sea
solemne el acto, juntado
allí el tribunal espera
ocultamente, aguardando
para dictar su sentencia.

DUQUE. (*Ap.*) No hay recurso.

VARG. ¿No merece
un premio mi sutileza?

DUQUE. El rey vuestra actividad
premiará.

VARG. ¡Mi deber era!
DUQUE. Es aun mas cruel que yo.
VARG. Presto verá su excelencia
ente el Consejo de sangre
al Baron y la Condesa.

ESCENA III.

DICHOS, MENDIVIL, luego NAMUR.

MEND. ¡Señor!
DUQUE. (¡Tiemblo!) ¿Qué hay de nuevo?
MEND. El Baron Namur espera.
DUQUE. ¡El Baron!
VARG. Haced que pase (Á Mendivil.)
y aguarde aqui: su excelencia
debe tomar un asiento
en el tribunal.
DUQUE. (¡Es fuerza!)
Vamos. (Sobreponiéndose.)
VARG. Merced á mi astucia,
doble triunfo nos espera.
DUQUE. ¡Hoy mi corazon vacila!
¡Ay de mí! ¡pobre Condesa!
¡mas el mandato del rey
cumplir es justo!
VARG. ¡Ya llegan!
¡Señor!
(Vargas se retira por la segunda puerta de la izquierda; el Duque vá á sentarse junto á la mesa.)
DUQUE. (Baron de Namur,
¡el cielo te favorezca!)

ESCENA IV.

DICHOS, el baron de NAMUR, conducido por MENDIVIL, entra por la derecha: Mendivil le señala al Duque, y se retira á una seña de este. Namur manifestara en su semblante y ademanes una inquietud y ansiedad que trata de reprimir.

NAM. ¡Salud, gobernador!
DUQUE. Muy bien venido

el Baron de Namur.

NAM. Con viva instancia
llamado fuí por vos, y me apresuro
á correr al servicio del monarca.

DUQUE. Un servicio importante es el que ahora
la régia autoridad de vos reclama.
Sentaos y escuchadme.

NAM. Ya os escucho,
señor gobernador. (Se sienta.)

DUQUE. (No indica nada
su rostro...) Vuestro nombre, las riquezas
y el aura popular que os dá la fama,
tomar parte os han hecho, no lo ignoro,
en cuantas reuniones concertadas
dejó la sedicion. (Movimiento en Namur.)
Negarlo es vano.
Vamos á lo que importa. Sé que vagan
traidores por Bruselas; la herejia
tiende otra vez á sacudir sus alas:
en prueba pues de vuestra noble alcurnia,
de vuestra lealtad hácia el monarca,
os ruego descubrais esos misterios,
los planes y los jefes que los fraguan.

NAM. (Alzándose.)
Si encontraros quereis con delatores,
no los busqueis, señor, entre mi raza:
la sangre de Namur no llevó nunca
semilla de traidores, ni de infamias!

DUQUE. Conteneos, Baron... De negativa
mas que de orgullo son vuestras palabras.

NAM. Será lo que querais, mas si hay delito
en vosotros está; despezada
Flandes se mira; ya del rey Felipe
no sufre solo la cruel venganza,
la Inquisicion enciende sus hogueras,
un tribunal sangriento se levanta
de aquel poder al par, y á un renegado
entrega su poder el Duque de Alba!

DUQUE. Muy bien, Baron, muy bien, nadie se libra
de vuestra acusacion, desde el monarca
hasta el gobernador, del Santo Oficio
hasta mi secretario el Conde Vargas,

todos sufrimos hoy vuestro sarcasmo:
muy bien, Namur; y á fé no me extrañara
que un dia de la fé de vuestros padres
renegareis.

NAM. ¡Calumnia que me espanta!

DUQUE. El error purifican las hogueras.

NAM. La cruz un dia publicaba infamias,
y al teñirla el Dios-hombre con su sangre,
de libertad por signo se proclama.

DUQUE. ¡Libertad! ¡Libertad! palabra hueca
que arrojais imprudentes á las masas
cual tea que devora, sin que luego
querais verla con sangre sofocada.

NAM. No puedo contestar; injurias tales
quedan con el silencio compensadas.

DUQUE. ¿Es decir que os negais de los traidores
los planes descubrir?

NAM. Lo dicho basta;
soy Namur.

DUQUE. ¿Quién se acerca?
(Mirando á la derecha.)

MEND. La Condesa
(Apareciendo en la derecha.)
viuda de Egmont, espera en esa cámara.

NAM. ¡La Condesa! ¡gran Dios!
(Con admiracion.)

DUQUE. ¡No queda medio!
(Van á perderse...) Os dejo, mas me basta
con que la disuadais de su propósito;
dicen que por bandera se declara
ella de los rebeldes, que su hijo,
un niño aun, por jefe se proclama;
pues sois Namur, haced por que comprenda
(Con mucha energia.)
el peligro á que corre alucinada!
(Á Mendivil, que se vá.)
Que pase la Condesa (¡Dios del cielo,
su lengua contened!...)

NAM. ¡Horror me causa!
(El Duque se retira por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

NAMUR, la CONDESA por la derecha.

La Condesa al entrar arroja una mirada de ansiedad por la escena.

COND. ¿Qué veo? ¡Namur!
NAM. Callad,
(Con terror corriendo á ella.)
señora, en nombre de Dios!
COND. ¡Namur!
NAM. ¡Maria! (Suplicante.)
COND. ¡Sois vos!
¡vos calmareis mi ansiedad!
(Esta escena es rápida y á media voz: Namur teme sean oidos y la Condesa con ansiedad y fuerza de sentimiento.)
NAM. Contened esos extremos.
COND. ¡Namur, estalla mi frente!
NAM. Una palabra imprudente
no soltad ó nos perdemos.
COND. ¿Y qué me importan á mí
los peligros si le pierdo?
NAM. ¡Señora!
COND. Ya ni aun recuerdo
por qué se me llama aqui!
Solo sé que ayer creia
mirar mi dicha empezada,
y hoy me veo amenazada
de mas terrible agonia.
NAM. ¡Conteneos!
COND. Ya mi mal
¿qué me importa?
NAM. De esa suerte
nos arrastra hácia la muerte
vuestro afecto maternal,
contened el corazon.
COND. ¡Mi mente loca delira!
NAM. El aire que aqui se aspira
es aire de delacion.

¿No llegais á comprender
esta entrevista, señora?
Pues es una red traidora
donde nos quieren prender.

COND. ¡Cielos!

NAM. ¡Silencio!

COND. ¡Me aterra!
¡Mas decidme!

NAM. Como vos
ignoro...

COND. ¡En nombre de Dios!...

NAM. ¡Negro misterio se encierra!...

COND. ¿Y mi hijo?...
(Cediendo á su primer arranque.)

NAM. ¡Por piedad!

COND. ¡Ay! ¡Calmad mi desconsuelo!

NAM. Señora... ¡en nombre del cielo!...
(Mirando á todos lados con sobresalto y bajando la voz.)
Mas lo quereis, escuchad:
desde ayer noche espiado
hasta en mi mismo palacio,
faltóme ocasion y espacio
para volar á su lado.
Temiendo arrojar la ley
sobre él, esperé sumiso,
cuando recibí un aviso
muy temprano del virey.
Á su estancia me llamaba,
temblé á mi pesar, creí
que al fin tambien para mí
la postrer hora llegaba;
soy Namur, sin dilacion
vengo á cumplir lo que ordena,
alta la frente, serena
con santa resignacion.

COND. Tambien yo llamada fuí
por el Duque á este lugar.
Con él me creí encontrar.

NAM. (Mirando á todos lados.)
Fatal misterio hay aqui.

COND. En vano anoche esperé,

en vano hoy pregunto ahora.

NAM. No mas... descuidad, señora.

COND. ¡Ay, Dios!

NAM. Su escudo seré;
disimulad la pasion
y á Rugiero salvaremos.

COND. Las mujeres no sabemos
contener al corazon.

NAM. Condesa, á su encuentro voy.

COND. ¡Mi vida llevais en prenda!

NAM. Callad y que nadie entienda...

COND. ¡Mis dichas comienzan hoy!
¡brotan en mi senda flores!

NAM. Maria, fiad en mí,
¡pero salgamos de aquí!
(Van á salir; Vargas grita dentro con voz fuerte, acompañando su voz de un golpe sobre una plancha de metal.)

VARG. ¡Teneos!

COND. ¡¡Jesus!!

NAM. ¡Traidores!
(La cortina del fondo se abre y deja ver el Tribunal de sangre compuesto de once jueces con togas encarnadas, Vargas en el centro presidiéndolo; todos sentados sentados en torno de una mesa con tapete negro y en el que se halla bordada en blanco la espada y balanza de la justicia; iluminado por antorchas. Sobre la mesa un reloj de arena, una campanilla, papeles y recado de escribir.)

ESCENA VII.

DICHOS, VARGAS, JUECES del tribunal, GUARDIAS, que en dos alas bajan por el fondo y rodean la escena. Cuadro.

VARG. Felipe de Charlemó,
Baron de Namur, escucha:
de traicion y rebeldia
tu propio labio te acusa,
y el rey reclama esa espada
que llevas en la cintura: (Se dirige al Jefe.)
capitan, tomadla vos.

NAM. Teneos, mancha mi cuna,
su hoja no empeño al monarca,
sirvió leal, si tu impura
mano, Vargas, la tocase,
caeria marca de injuria
sobre el blason de mi escudo
para afrenta de mi alcurnia.
(Saca su espada, la rompe, y la arroja á los pies del tribunal.)

VARG. ¡Traidor!

NAM. Leal me llamaran
si otra fuere mi fortuna.

COND. ¡Qué habeis hecho! (Saliendo de su estupor.)

NAM. ¡Mi deber!

VARG. Baron de Namur, escucha:
ante el tribunal que miras
de rebelde te se acusa;
prepárate á responder
en una prision oscura.

NAM. Á morir estoy dispuesto.

VARG. ¡Llevadle!

NAM. Dios te confunda!
(Los guardias rodean á Namur.)

COND. ¡Compasion!

NAM. Rogad al cielo (Á la Condesa.)
que otorgue á Flandes su ayuda!
(Namur es conducido por los soldados por la puerta de la derecha. La Condesa, vá á seguirle, Vargas, que habrá bajado ya, se le interpone y la dice:)

VARG. Odio por odio, señora.
Mas desigual es la lucha.

COND. ¡Me horrorizais! (Retrocediendo.) ¡Yo fallezco!
(Apoyándose en el sillon.)

VARG. ¡Me protege la fortuna!
(El Duque de Alba aparece entre ambos.)

DUQUE. ¡Apartad... hola, dejadnos!
(¡Desdichada!) (Por la Condesa.)

VARG. (Ap. al Duque.) Ya la duda
no abrigareis, es su hijo.

DUQUE. ¡Callad! (Como temeroso de que lo oiga la Condesa.)

VARG. ¡Venganza segura!
(El Duque con una seña hace comprender que quiere

quedar solo con la Condesa, la cual permanece medio desmayada. Todos se retiran, la cortina vuelve á cerrarse.)

ESCENA VII.

El DUQUE, la CONDESA. Aquel mira si se hallan solos.

DUQUE. (¡Cómo decirla! ¡Dios mio!
¡Terrible cargo me abruma!
Pobre madre... mas del rey
es justo que la órden cumpla.)
¡Condesa!
COND. Todos se fueron;
decid, no os causa pavura
ni vergüenza las traiciones
que fabricó vuestra astucia?
¿Y estas son las nobles armas
con que venceis?
DUQUE. No me injurian
vuestras palabras, Condesa.
COND. ¡Sois generoso! (Con ironia.)
DUQUE. ¿Me acusa
vuestro labio? Mas oid:
¿No habeis comprendido nunca
que como á Flandes mi brazo
fiero poder me subyuga?
que cumplo solo del rey
la voluntad absoluta?
Vástago soy de una raza
de tan elevada alcurnia,
que son rayos sus blasones
siempre de la régia altura.
Deber mio es que ese brillo
con mas resplandores luzca:
al rey mi señor y dueño
es mi obediencia profunda,
que el que en España ha nacido
no olvida sus timbres nunca.
COND. ¡Me dais terror!
DUQUE. ¿Imagina

la noble y hermosa viuda
que mi corazon no sufre
tambien horrible tortura?

COND. ¿Vos sentir? ¡y sois de roca!
¡Vuestro sarcasmo me asusta!

DUQUE. ¡Teneis razon! (Con amargura.) ¡es verdad!
¡soy una roca desnuda
y estéril, de un mar revuelto
combatida por la furia;
roca que en su seno lleva
fiero volcan de amargura.

COND. ¡Será cierto!

DUQUE. Comprendedlo
de una vez; dejad la duda;
la lealtad es mi norte
y es ella mi desventura:
soy cruel porque lo exige
mi deber... sangre circula
por mis venas, no soy piedra...
mas un poder me subyuga
y apaga mis sufrimientos
como el éco de una tumba.

COND. ¡Oh, Dios!

DUQUE. (Con recelo y muy bajo)
Sabedlo... no ha mucho
que cediendo á la ternura,
por vos al rey supliqué...

COND. ¡Ah!

DUQUE. Tal vez vuestra fortuna
cambiará... en sentidas cartas
tracé toda la amargura
que os agobia; el rey acaso
perdone á la hermosa viuda.

COND. ¡Perdon! ¡perdon!

DUQUE. (Continuando.) Si, Condesa,
es mi desgracia profunda:
el mandato del monarca
fuertemente me subyuga,
y acaso pronto, recoja
frutos de mi desventura!

COND. ¡Qué horror!

DUQUE. Ese favorito

terrible, que Dios confunda,
qué es, Condesa? Una atalaya
para espiar mi conducta.

COND. ¡Monarca odioso!

DUQUE. (*Con firmeza y dignidad.*)
Señora,
es mi rey... su sombra augusta
me sigue; ve mis acciones
y mis palabras escucha;
solo obedecer me toca;
al rey solo Dios lo juzga.

COND ¡Vuestra lealtad es bronce!

VARG. ¡Señor! (*Entrando por la derecha.*)

DUQUE. ¡Vargas! ¡Qué tortura!

COND. ¡El infame!
(*Con temor y repugnancia, al ver á Vargas.*)

VARG. Tras mí llega... (*Bajo al Duque.*)

DUQUE. ¿Quién? (*Con espanto.*)

VARG. Rugiero. Vuestra duda
terminará... el tribunal
dará su sentencia justa.

DUQUE. (¡Hoy es él quien hace alarde
de crueldades!) (*Ap.*)

VARG. (¡Se turba!)
(*Fijando sus ojos en el Duque.*)

DUQUE. Señora, un momento... entrad
allí... (*Señala la izquierda. Todo dicho muy vivo.*)

COND. ¡Dios mio!

DUQUE. Se acusa
á un hombre de rebeldia
y van á juzgarlo.

VARG. ¡Mucha
es vuestra sagacidad!

DUQUE. ¡Tanta como vuestra astucia! (*Con ironia.*)
Si le encuentra en el camino...
(*Ap. y señalando la derecha.*)
¡Pobre madre! (*Con dolor.*)

VARG. ¡Pobre viuda! (*Con sarcasmo.*)

COND. ¡Qué pasa aqui que me aterra!

DUQUE. ¡Entrad! (*Con precipitacion.*)

COND. ¡Tiemblo de pavura!
(*El Duque conduce á la Condesa á la puerta de la iz-*

quierda y cierra luego. Beppo aparece al mismo tiempo en la derecha.)

DUQUE. ¡Oh Dios!

BEPPO. ¡Señor!

DUQUE. ¡Ya era tiempo!

(Vargas sube, descorre la cortina del fondo y grita.)

VARG. ¡Pase el tribunal!

DUQUE. ¡Qué lucha!

(Se deja caer como desplomado en el sillon.)

ESCENA VIII.

El DUQUE en el sillon del proscenio. Los once jueces entrando por el fondo, se colocan en la misma forma que la escena pasada. VARGAS en el centro de ellos. Los soldados bajan del fondo y se despliegan en dos alas á los lados. BEPPO permanece clavado en la puerta de la derecha: despues RUGIERO.

DUQUE. Hoy las órdenes del rey
vamos á cumplir, señores,
hoy sufrirán los traidores
el peso de nuestra ley.
(Ap. mirando á la puerta de la izquierda.)
¡Oh fiero instante, fatal,
por mi desgracia llegado!

VARG. Ved, señor, que al acusado
lo espera ya el tribunal.

DUQUE. (Dirigiéndose á Beppo.)
¡Entre el preso! (Beppo sale.)
(¡Dios de Dios!)
(Beppo vuelve á aparecer en la derecha, y tras él cuatro soldados, en cuyo centro vá Rugiero en traje humilde; pálido, pero sereno y altivo, Rugiero avanza en silencio con los brazos cruzados. El Duque trata de ocultar su conmocion: silencio general.)

DUQUE. ¿Sabeis que estais acusado?

RUG. Á todo estoy preparado.

DUQUE. De un delito...

RUG. No, de dos:
en el primero, tener
sangre flamenca en mis venas,
otro, querer las cadenas

que nos oprimen, romper.

DUQUE. Os escucha el tribunal
para juzgaros formado.
¿Cómo os llamais, acusado?
(Con gran intencion.)

RUG. (Con aplomo y sangre fria.)
Rugiero de Lamoral.
(Rumor general.)

TODOS. ¡Él!

VARG. (Por Dios no me engañaba.

DUQUE. (¡Desdichado! ¡Se ha perdido!)

RUG. ¿Mi nombre os ha sorprendido?
publicarlo ambicionaba;
bien resuenan nombres tales,
ya por desgracia olvidados,
donde hay tantos disfrazados
con máscara de leales.
Egmont soy, del fiero yugo
quise á Flandes libertar,
y aqui he venido á buscar
la victoria ó el verdugo! (Con firmeza.)

VARG. ¿Y creyó vuestro delirio
del vencimiento en la gloria?

RUG. Si gloria dá la victoria
la dá tambien el martirio.
¡Nunca dejará Castilla,
aunque á su tirano asombre,
de reverenciar el nombre
del valeroso Padilla!

VARG. Rugiero de Lamoral
el delito confesado,
vais á ser ya sentenciado;
dé su voto el tribunal.
(Pasa una caja á todos los jueces, que echan en ella su correspondiente bola. Silencio solemne.)

RUG. (¡Madre del alma!)

VARG. (Sacando las bolas.) La suerte
contra vos se ha decidido.
¡Todas negras!

DUQUE. (¡Se ha perdido!)

VARG. ¡La muerte piden!

TODOS LOS JUECES. ¡La muerte!

RUG. De ese consejo malvado
ya tal sentencia esperaba;
no, señores, no olvidaba
el título que os han dado.
En mi furor os veia
y os veo, ¡viles bandidos!
aun en la sangre teñidos
del padre del alma mia.
Hoy es la muerte mi anhelo.

VARG. Dos horas teneis de plazo.

RUG. (Adelantándose y con gran voz.)
Yo, el conde Egmont, os aplazo
ante el tribunal del cielo!
(Pausa solemne. Vargas hace una seña á los soldados y pasan á rodear á Rugiero. El Duque se cubre el rostro con las manos, como para arrancar de él su conmocion. Suenan golpes en la puerta izquierda. Asombro general.)

COND. ¡Abrid! (Dentro.)

DUQUE. ¡Conoció su acento!

RUG. ¡Qué escucho! (Deteniéndose.)

DUQUE. ¡Fiera agonia!

COND. ¡Hijo mio! (Estúdiese.)

RUG. ¡Madre mia! (Id.)
(Volviéndose á todos con ferocidad.)
¡Mi madre!

DUQUE. ¡Cruel momento!
(Rugiero vá hácia la puerta, los soldados van á detenerle.)
¡Detenedle!

RUG. (Con la firmeza bastante á dominar la situacion.)
Aunque no os cuadre
yo abriré, ¡canalla fiera!

DUQUE. ¡Soldados!

RUG. ¡Antes que muera,
dejad que abrace á mi madre!

COND. ¡Hijo! (Dentro.)

RUG. ¡Plaza!
(Con ferocidad á los soldados. Se precipita rápido á la puerta y la abre. Los soldados retroceden aterrados.)

ESCENA IX.

DICHOS, la CONDESA.

Al abrirse la puerta sale precipitadamente; la primer persona que halla es Rugiero, le abraza con frenesí y le repele luego, como si se creyera víctima de una ilusion. El Duque corre á detenerlos; Vargas baja luego á la escena.

RUG. ¡Madre idolatrada!
COND. ¡Hijo de mi corazon!
¿No es un sueño, una ilusion
que me tiene fascinada?
(Queda pensativa, y comprendiendo de un golpe cuanto le rodea, dá un gran grito y abraza de nuevo á su hijo con frenesí, como temiendo que le arranquen de sus brazos.)
¡Ah! si, temo sus furores...
¡comprendo todo y me espanta!...
Dios del cielo... ¿será tanta
la infamia de esos traidores?
VARG. ¡Separadlos!
COND. Con la muerte
lo conseguireis, cruel;
nadie me separa de él:
será su suerte mi suerte.
VARG. ¡Hola! (Á los soldados.)
DUQUE. Tened.
VARG. ¿La sentencia
que cumpla rehusareis?
DUQUE. Juan de Vargas, bien sabeis
(Con rapidez, y cobrando su habitual fiereza.)
¡que ignoro lo que es clemencia!
Quede cumplida la ley,
mas el serles permitida
esta postrer despedida
no es desobediencia al rey.
BEPPO. (Que se ha ido acercando al centro, dice colocándose junto á Vargas y sin que este le oiga.)
Siempre serás un malvado.
¡Vive Dios, que enternecido,

casi estoy arrepentido
de los males que he causado!

VARG. Fiel con mi deber cumplí, (Al Duque.)
he terminado, señor.

BEPPO. ¿Has terminado? Mejor,
¡mañana me toca á mí!
(La Condesa y Rugiero permanecen abrazados á la izquierda.)

COND. Amor y dolor me ciega.
¿Quién podrá ser el osado
que me arranque de tu lado?

DUQUE. Condesa...
(Dirigiéndose á esta despues de haber consultando á Vargas y como para persuadirla. Vargas se aparta á la derecha.)

MEND. ¡Señor! (Apareciendo en la derecha.)

DUQUE. ¿Quién llega?

MEND. Un enviado de España
viene.

TODOS. ¡Oh!

DUQUE. (Ap.) ¡Nueva sorpresa!
tal vez mi ruego al monarca
conmovió: mi pecho alienta'

ESCENA X.

DICHOS, DÁVILA, cubierto de polvo, entra por la derecha seguido de dos guardias, tambien empolvados. Sorpresa general. La CONDESA sin dejar á RUGIERO baja al proscenio como aterrada y curiosa á la vez, VARGAS vá á colocarse al lado del DUQUE que se sienta en el sillon.

DUQUE. ¡Dávila!

DAVILA. Señor, del rey
hoy la voluntad suprema,
con despachos importantes
me ha conducido á Bruselas:
tomad, ordenó el monarca
(Le entrega un pliego.)
que sin descanso ni tregua
os entregase esos pliegos
para que vuestra excelencia

sin tardar los publicase.

DUQUE. Veamos. (¡Mi mano tiembla!) (Al abrir.)
¡Escuchad! nos habla el rey
en estas augustas letras.
(Pausa, que debe estudiarse por todos los interlocutores.)
(Lee.) «Virey, la sangre vertida despues de »la victoria, cae sobre la cabeza del vence»dor; el perdon de las injurias nos eleva al »trono del Eterno... cuando recibas esta mi »órden, publicarás general indulto á los »proscriptos rebeldes en esas mis leales »tierras de Flandes....»

TODOS. ¡Oh! (Asombrados.)

DUQUE. (Leyendo.) «Si al recibir estos pliegos se ha»llasen en tu poder ya los caudillos sedi»ciosos, nada de sangre, el destierro á las »plazas fronterizas es el castigo que les im»pone hoy su rey. Felipe.»
(Declamando.)
¿Será verdad?... mis súplicas
arrancaron la órden esta...
¡hora es de perdon!

VARG. (Irritado.) Mi furia
reconoce su impotencia!
¡Rey menguado!

COND. (Con exaltacion.) ¡Rey benigno!

DUQUE. Ya lo escuchasteis, Condesa,
para Chambray esta noche
partireis.
(Recobrando toda la rudeza de carácter.)

COND. Bendita sea,
Señor, tu misericordia. (Al cielo.)

RUG. ¡Madre adorada!

BEPPO. Me pesa
haberlo vendido.

DUQUE. Conde,
haced que el pueblo lo sepa.

VARG. (¡Traidores!)

DAVILA. (Se acerca al Duque y con reserva le dice bajo: Vargas los devora con la vista.)
Duque y señor,

aun un mensaje me resta.
(El Duque se estremece, clava una mirada en Dávila y le dice despues de una pausa.)

DUQUE. Hablad.

DAVILA. Delante de todos
don Felipe me hizo entrega
de esos pliegos, pero luego
llamóme á su estancia régia.

DUQUE. ¿Y bien? (Con ansiedad.)

DAVILA. Allí estaba solo,
con religiosa reserva
un pliego me dió secreto
para vos.

DUQUE. ¿Dónde se encuentra?
(Despues de una pausa.)

DAVILA. (Saca un pliego cerrado de su escarcela.)
Es este. (Lo presenta.)

DUQUE. (Estremeciéndose y sin tomarlo, devorando á Dávila con la vista.)
Cuando os le dió,
¿era su mirada fiera?
¿su frente estaba sombria,
ó despejada y serena?
¡Mas ay! ¡me olvidaba necio
de que es un rostro de piedra!
(Toma el pliego y lo abre.)
¡Males presiento! (Lee.)

VARG. ¡Aun espero!

DRQUE. ¡Ciertos mis presagios eran!
(Con espanto. Vargas quiere tomar el pliego.)
¡No le toqueis, es de fuego!

VARG. (¡Alienta, venganza, alienta!)

COND. ¡Hijo, á la vida me tornas!
hoy mis venturas comienzan!

DUQUE. (¡Pobre madre! (Contemplándola.) De palacio
nadie saldrá. (En alta voz.)

COND. (Yendo hácia el Duque temerosa.)
¡Cielos!

DUQUE. Fuerza
(Deteniéndola. Estúdiese.)
es obedecer al rey
aunque mate la obediencia!

COND. (Abrazando á su hijo y sin comprender.)
¡Qué significa!....

VARG. (Arrojando sobre la Condesa una mirada terrible.)
Triunfé.

BEPPO. (¡Veremos!) (Tras de él.)

DUQUE. ¡Pobre Condesa! (Pausa.)

COND. ¿Otra vez arrebatarlo (Como adivinando.)
de aqui pensais? (Estrechando á su hijo.)
¿y era esta,
hombre feroz, la esperanza
que queriais que tuviera?
¿y asi perdonais vosotros,
verdugos?... dije mal, ¡fieras!
mas no, no, tambien mi pecho
del amor patrio se llena:
hora es de morir, flamencos,
muramos, que es lo que resta.
¡Hijo mio! (Estréchale.)

RUG. ¡Madre amada!

COND. Alienta, Rugiero, alienta,
la muerte dá libertad...
¡la libertad nos espera!
(Con un arranque fiero.)

VARG. ¡He vencido! (Ap.)

DUQUE. (Rápido.) ¡Pobre madre!

COND. ¡Á morir estoy dispuesta!
(El Duque se dirige á la izquierda. La Condesa abraza á su hijo, Vargas la mira sonriendo. Beppo tras de Vargas continúa devorándolo con sus miradas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Galerias en las prisiones del palacio de Brabante. Á la derecha, en primer término, una puerta que conduce fuera de la galeria: en segundo otra á la izquierda, y en primer término un respiradero ó saetera á bastante altura y sumamente estrecho: en el mismo lado, y al tercer término, otra puerta que comunica á los salones del tormento: en el fondo se ven á ambos lados dos escaleras paralelas, que conducen á una galeria trasversal, elevada sobre el nivel del teatro, y en cuyos centros desemboca un largo corredor que se pierde al fondo: debajo de la galeria, entre las dos escaleras, se descubre la entrada á los subterráneos, cerrada con verjas de bronce. Una lámpara colgada de la bóveda alumbra la escena: junto al respiradero un banco de piedra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon MENDIVIL entra por la derecha, seguido de tres hombres envueltos en sus capotones. BEPPO les sale al encuentro: uno de los hombres traerá una linterna: Mendivil se adelanta al proscenio con Beppo; los demas quedan en silencio á alguna distancia.

MEND. ¿Eres Beppo?
BEPPO. Soy el mismo. (Acercándose.)
MEND. Buenas noches.
BEPPO. Buenas noches.

MEND. Apartad. (Á los que le acompañan.)
Escucha tú. (Á Beppo.)
BEPPO. Espero ya vuestras órdenes.
MEND. Ayer prestaste un servicio
al rey: por tí los traidores
fueron prendidos; el Duque
tu disposicion conoce
y te dió por recompensa
la guarda de estas prisiones.
BEPPO. Es cierto.
MEND. Escúchame ahora:
corren siniestros rumores
de una nueva sedicion.
BEPPO. (Con cinismo.)
La sangre apaga las voces.
MEND. Sangre habrá; pero entre tanto,
por si durante la noche
la rebelion estallase
y los alborotadores
en su locura intentaran
asaltar estas prisiones
y libertar á los presos,
mi dueño el virey, dispone
que muerte les dé el verdugo,
sin andar en mas razones.
BEPPO. Bien está... mas...
MEND. El verdugo
es uno de esos tres hombres,
los otros sus ayudantes.
BEPPO. Verdugos tambien... ¡Conforme!
MEND. ¿Lo oiste?... con ellos quedas.
BEPPO. Se cumplirán vuestras órdenes.
(Mendivil se acerca á los tres hombres y les dice bajo. Beppo les observa.)
MEND. (Escuchadme: no ignorais
lo que el deber os impone.
Si vieseis en ese bravo
algo que traicion denote,
ya lo sabeis... hasta el puño
vuestras dagas.)
BEPPO. (¡Por mi nombre!
¿Secretos con los sicarios?

Esto me huele á traiciones.
Andemos, Beppo, con tiento,
que la senda desconoces.)

MEND. Adios.

BEPPO. Él os acompañe
(y vuestros planes malogre).
(Mendivil sale por la derecha, tomando la linterna.)

ESCENA II.

BEPPO. El verdugo se retira por la segunda puerta de la izquierda, seguido de uno de sus ayudantes; el otro queda en escena á alguna distancia de Beppo.

BEPPO. (¡No sé qué pensar! ¡y dudo!...
¿mas qué me querrá este hombre?)
(Viendo al ayudante.)
¿No vais con los compañeros?

HOMB. Me impiden obligaciones
el seguirlos.

BEPPO. (¡Vive el cielo!
¿serán espias del conde?)
¿Qué intentais?

HOMB. (Mirando á todos lados.) Buscar apoyo
donde mis planes se logren.

BEPPO. ¿Cómo? (Yendo á él.)

HOMB. Y si es cierto que el oro
las dificultades rompe,
con oro romper los hierros
que á mis intentos se oponen...

BEPPO. (Mira á todos lados y luego arroja una mirada sobre el desconocido. Pausa.)
(¿Será un lazo?) No os entiendo,
y ved lo que hablais, buen hombre.
(El desconocido deja caer un bolsillo que suena: Beppo dá dos pasos con precipitacion á cogerlo y se detiene luego. El desconocido pone el pié sobre él.)
¡Oro! (Con codicia.)

HOMB. Detente: primero (Escena rápida.)
di si quieres que te compre.

BEPPO. ¿Qué dices?

HOMB. Veinte florines

hay bajo mi pié, responde.

BEPPO. Pero...

HOMB. Que serán doblados
en ducados españoles.

BEPPO. Ignorais que puedo yo,
al que tal cosa propone,
colgar en esa ventana
tambien, sin mas dilaciones?

HOMB. ¡No lo harás!

BEPPO. Mucho fiais
en el oro.

HOMB. ¡Por mi nombre!
¿crees que del hierro me olvido?
(Deja ver un pistolete, que amartilla.)

BEPPO. ¡Traidor!

HOMB. Mis proposiciones
al hacerte, es porque estoy
á todo resuelto: escoge. (Con firmeza.)

BEPPO. Risa me dan esos fieros,
que hacer puedo en mis furores
polvo no mas.

HOMB. ¡Ven!

BEPPO. ¡Iluso!
¡Beppo el miedo desconoce
y á una voz mia!

HOMB. Pues dála. (Con firmeza.)
(Pausa. Estúdiese.)

BEPPO. Me dais lástima, buen hombre.

HOMB. ¿Lástima? ¡Villano!

BEPPO. Basta: (Conteniéndose.)
abreviemos de razones,
prefiero el oro á perderte;
me ha interesado tu porte
y tu arrogancia.

HOMB. ¡Lo creo!

BEPPO. ¿Eres inflexible?

HOMB. ¡Un roble!

BEPPO. Me gustan los hombres fieros;
(Examina la escena y acercándosele.)
declara tus intenciones.
¿Di qué quieres?

HOMB. Que un momento

en estas mismas prisiones,
permitas á la Condesa,
ver su hijo.

BEPPO. ¿En una noche
tanta impaciencia? Mañana...
(Con ironia.)

HOMB. Quiere verlo... ¿qué respondes?

BEPPO. Ese oro...

HOMB. Aqui está el bolsillo,
y aqui el hierro.

BEPPO. ¡Por mi nombre!
(Conteniéndose.)
¿Y tú, cómo has penetrado
aqui?
(Cambia de tono.)

HOMB. La astucia valióme;
sobornando, y al abrigo
de este lúgubre uniforme. (Con sarcasmo.)
Mas ¿qué decides?

BEPPO. Acepto.

HOMB. Toma y no olvides que Jorge
se queda con esto. (Señala la pistola.)

BEPPO. Basta. (Con disgusto.)

HOMB. ¡De tu engaño este responde!
(¡Mucho arriesgo! ¿mas qué hacer
si no hallo medios mejores?)
La Condesa, doblará
esa cantidad.

BEPPO. Conforme.
¿Cuándo bajará?

HOMB. Al momento.
Voy por ella.

BEPPO. ¡Buena noche! (Con satisfaccion.)
(Váse Jorge por la derecha.)

ESCENA III.

BEPPO, despues VARGAS, por el fondo.

BEPPO. ¡Bravo! la fortuna loca,
para mí siempre severa,
hoy cambióse y me prodiga

sus dones á manos llenas.
Nada arriesgo; tomo el oro,
favorezco á la Condesa
y si veo algun peligro
en mi fiel condescendencia,
siempre me queda el recurso
de otra delacion. ¡Me aterran
sin embargo mis traiciones!
Si Dios ayuda mi empresa,
de mis dos deudas, la una
dejaré aqui satisfecha.
(Impaciente, yendo á la derecha y escuchando.)
Mucho tardan: ocasion
propicia, no hay duda, es esta.

VARG. (Baja por el fondo sin ser visto, llega á Beppo, que no le oye, y le toca en el hombro.)
¡Alcaide!

BEPPO. (Volviéndose asustado.)
¡Cómo!... ¡Señor!
(¿Por dónde llegó?)

VARG. Quisiera
preguntarte...

BEPPO. (¡No adivino!)

VARG. ¿Y Namur?

BEPPO. Allí se encuentra (Señala la izquierda.)
postrado por el tormento,
que aunque su cuerpo macera,
no venció; sigue el espíritu
resistiendo á la materia.

VARG. ¿No confesó?...

BEPP. Una palabra,
ni un acento que pudiera
dar luz.

VARG. Me asombra y admira
de ese viejo la fiereza!
¿y los otros?

BEPPO. Silenciosos
en sus prisiones esperan
con resignacion su suerte.

VARG. ¡Triste esperanza!

BEPPO. (Ap.) ¡Me aterra!

VARG. Á Namur sin dilacion

conducid á mi presencia.

BEPPO. Pero...

VARG. Lo quiero, lo mando:
aprovechar me interesa
los momentos...

BEPPO. Mas...

VARG. Deseo
hacer una última prueba.
Traed á Namur.

BEPPO. ¡Voy al punto!
(Aparte con inquietud, mirando á la derecha.)
¡Si bajase la Condesa!...
(Vá al fondo, abre la verja y desaparece por ella.)

VARG. (Solo.) Quiero arrancar el misterio
que á esos flamencos rodea...
la vacilacion del Duque...
todo en fin, negra sorpecha
ha levantado en mi mente.
Si yo á Felipe pudiera
mostrar á ese hombre y decirle,
fué un desleal, su nobleza
empañó, dadme su puesto,
¡qué feliz con ello fuera!
¡Si el orgullo de esa loca
humillase al fin!... prudencia
y decision... El Baron
favorecerá mi empresa...
la astucia... las amenazas
me valgan... él es quien llega.

ESCENA IV.

DICHO, por el fondo. El Baron de NAMUR sostenido por dos sayones, BEPPO detrás. Á una seña de Vargas, sientan á NAMUR en el banco de la izquierda y todos se retiran al fondo. BEPPO manifiesta su impaciencia y temor.

NAMUR. (Desfallecido, caminando apenas.)
¡Ay de mí!... ¡cruel tortura!
¿sostenerme puedo apenas,
y ya otra vez al tormento
me llevais?

(Con voz doliente y sin ver á Vargas.)

VARG. (Mirándole con sonrisa.) Su fortaleza
vacila... tal quiero yo...
(Se adelanta.)
¡Namur!

NAM. (Reconociéndole y recobrando instantáneamente toda su energia.)
¡Qué veo!... sorpresa
no me causa... ya el verdugo
á las víctimas espera.

VARG. No es el verdugo... es un ángel,
Baron, que á salvaros llega...
dejadle y marchad...

NAM. ¿Qué es esto?
(Ya sentado.)

VARG. Oid y dad la respuesta:
estais perdido; es terrible
el destino que os espera,
la muerte mas afrentosa
y la deshonra con ella.

NAM. Tambien da gloria el cadalso,
la muerte no me amedrenta.

VARG. ¿Gloria que empaña el escudo
de vuestra noble ascendencia?

NAM. Donde no hay crímen, no hay mancha...
mi frente altiva se eleva.

VARG. ¿Y el tormento?

NAM. ¿Y qué me importa?

VARG. Vuestra suerte me interesa
mas de lo que presumis,
Namur; salvaros quisiera...

NAM. ¡Salvarme! (Con amargura.)

VARG. Si; vos podeis
salvaros!... con diligencia
fingid que os arrepentis
de vuestra noble fiereza,
confesad al tribunal
cuanto creais que interesa
al triunfo del rey... lograd
vuestra venganza completa,
y haced que el mismo virey,
comprometido aparezca.

NAM. ¿Qué decis?
VARG. Mirad que todo
se logra de esa manera.
NAM. Tus designios lograrias,
infame, que me avergüenzas
Valido de mi desgracia
pretendes jugar con ella,
y escalon á tus deseos
fabricar con mi nobleza.
Pero te engañas, menguado;
imponente se revela
á tus viles pretensiones
la sombra de mi grandeza.
¡Aun soy Namur!
VARG. ¿Y te atreves...
á resistir? ¿y no tiemblas?
NAM. ¿Temblar quien ilustre sangre
siente correr por sus venas,
y quien puro, el amor pátrio
en su corazon encierra?
VARG. Triste destino...
NAM. No temo.
VARG. La muerte solo...
NAM. Que venga.
VARG. ¡Orgullo teneis!
NAM. Cual debo.
VARG. Estais ciego.
NAM. ¡De soberbia!
VARG. ¿Vuestra decision?
NAM. La oisteis...
VARG. ¿Es última?
NAM. (Con fuerza.) ¡La postrera!
VARG. Hola, al tormento llevadle.
NAM. ¡Vamos, aún me sobran fuerzas!
(Los guardias le toman y le conducen hácia la izquierda.)
VARG. ¡Me tiene, oh Dios, asombrado!
(Mirandole caminar.)
NAM. ¡Ay patria! ¡cuánto me cuestas!
VARG. Ya te sigo .. me verás,
anciano, al pié de la rueda;
voy á probar si impasible

resistes. (Váse tras Namur.)

BEPPO. ¡Maldito seas!
ya era tiempo... ese rumor...
siento ruido en la escalera!...

ESCENA V.

DICHOS. Entran por la derecha JORGE y tras él envuelta en su manto la CONDESA.

JORGE. ¡Alcaide!

BEPPO. ¡Podeis entrar!
mas imposible que sea
la entrevista.

JORGE. ¿Por qué causa?

COND. ¿Qué decis?

BEPPO. Porque se encuentra
el Conde Vargas allí.

COND. ¡Cielos!

BEPPO. Temo una sorpresa.

JORGE. ¿Se encuentra allí? ¿mas qué hacer?
Ya, ¿qué remedio nos queda?
vive el cielo; nada importa.

BEPPO. ¿Cómo?

JORGE. Entrará la Condesa
en el calabozo ahora
de Rugiero.

BEPPO. Mas...

JORGE. La puerta
vas á franquear.

BEPPO. Imposible.

COND. ¡Dios mio!

BEPPO. Salir es fuerza
y esperar otra ocasion.

JORGE. Los guardias de la escalera
son nuestros, dentro de poco
cambiarán los centinelas
y fuera imposible entonces.

BEPRO. ¡Y cómo!...

JORGE. De esta manera.
(Vá á la puerta de la izquierda y la cierra calando el cerrojo.)

BEPPO. ¡Somos perdidos si vienen!

JORGE. Aqui por igual se juega,
venga el conde Egmont: no olvides
(Arroja otra bolsa.)
que el hierro en mi mano queda.

COND. ¡Jorge!

BEPPO. (Qué diablos... consiento.
Siempre un recurso me resta.)
(Beppo vá al fondo, abre la verja de hierro y desaparece por el subterráneo. La Condesa demuestra su inquietud. Jorge parece espiar cuanto pasa.)

JORGE. Si tratase de vendernos,
triste castigo le espera.

COND. ¡Mi pecho abriga en su seno
augurios que me amedrentan!
¡el corazon de una madre
no se engaña! suerte fiera
le aguarda...

JORGE. Mas no habeis dicho...

COND. ¿Y quién fia en sus promesas?
si el destierro es su castigo,
¿por qué de nuevo le encierran
y le separan de mí?
¡Ay, Dios, tiemblo!

JORGE. Ruido suena
por allí; no hay duda, es él.

COND. ¡Hijo mio!

JORGE. (¡Suerte adversa!)

COND. Nadie podrá separarnos.

JORGE. (Serenidad y prudencia;
la salvaremos y luego
suceda lo que suceda!)

ESCENA V.

DICHOS, RUGIERO por el fondo. BEPPO tras él vá á espiar á la izquierda. JORGE le observa. Escena animadísima, rápida y á media voz.

COND. (Saliéndole al encuentro.)
¡Hijo mio!

RUG. ¡Madre mia! (Se abrazan.)

COND. ¡Al fin estás en mis brazos!

¿Quién podrá tan dulces lazos
quebrantar con mano impia?

RUG. ¿Sois vos? ¿No es un devaneo
de mi mente acalorada?

COND. Tu vida está amenazada,
en gran peligro la veo.

RUG. Mas será temeridad...

COND. Mi cariño en Dios confia;
¡al infierno bajaria
por lograr tu libertad!

RUG. ¿Mas cómo?

COND. Terrible arcano
se adivina en tu prision,
fieros los mandatos son,
no hay duda, del soberano.
Recuerda el fin de tu padre;
el llanto, ¡ay Dios! ¡me sofoca!
nunca, nunca se equivoca
el corazon de una madre.

RUG. ¿Y qué hacer?

COND. Ya los rumores
han cundido entre la gente,
que vaga inquieta, impaciente
maldiciendo á los traidores.
Tal vez solo una señal
esperan, y en su ardimiento
no dejarán ni aun cimiento
de esta caverna infernal.

RUG. ¡Una señal! (Desalentado.)

COND. Pero antes
intentaremos tu huida;
esa nos dará huida, (Derecha.)
son preciosos los instantes.
Joyas tengo y he comprado
á los guardias que la celan.

BEPPO. (Adelantándose.)
¿Y á los que á los presos velan
tambien habeis sobornado?
¿Olvida vuestro dolor
que se halla el alcaide aqui?

JORGE. (Adelantándose decidido.)
Tú, vas á quedar allí (Señala el fondo.)

encerrado.

BEPPO. Yo, ¿traidor?

JORGE. Tu acero no me amedrenta. (Á Beppo.)
Aprovechad la ocasion,
(Á la Condesa y Rugiero.)
huid, que de este bribon
yo sabré dar buena cuenta!
(Beppo se dirige hácia Rugiero, á quien tiene abrazado la Condesa.)

BEPPO. ¡Vive el cielo! (Con la daga en la mano.)

JORGE. ¡Te desquicio! (Apuntándole.)

RUG. Ven, castigo te daré
con el puñal que guardé
para evitarme el suplicio!
(Beppo dá tres ó cuatro pasos hácia Rugiero con la daga en la mano: este saca con rapidez de su pecho un puñal, cuya vaina arroja al suelo, preparándose á recibir al rufian. La Condesa abraza á su hijo temerosa. Jorge se halla detras de estos, pronto á hacer fuego sobre Beppo. Pausa. Beppo al llegar junto á Rugiero dá un grito de admiracion, se estremece y avalanza sobre la vaina del puñal que ha sido arrojada al suelo, la estruja en sus manos y con los ojos centellantes avanza hácia Rugiero. Asombro en los tres personajes.)

COND. ¡Hijo! (Aterrada.)

BEPPO. ¡Dios! ¡Yo desvario! (Estúdiese.)
¡no es un sueño! ¡una ilusion! (Á Rugiero.)
Responded por compasion;
¿es vuestro el puñal?

RUG. ¡Es mio! (Admirado.)

COND. ¡Cielos!

JORGE. ¡Cómo!
(Á Rugiero con indecible ansiedad.)

BEPPO. Continuad,
continuad; ¿quién os lo ha dado?

RUG. ¡Es un recuerdo sagrado
de mi padre!

BEPPO. ¡Por piedad,
no me engañeis!... era el conde
vuestro padre, quien brioso
fué en San Quintin victorioso?

RUG. Sí era.

COND. ¡Qué misterio esconde!...

BEPPO. ¡Ah! Decid por vuestra vida,
cuando á pelear volaba
á vestir acostumbraba
una armadura bruñida
con ricos adornos?
(Creciente ansiedad en todos.)

RUG. ¡Si!

BEPPO. Y en su yelmo por emblema
iba una condal diadema,
y un airon de carmesí?

RUG. Es cierto.

COND. ¡Tiemblo aunque ignoro!

BEPPO. Decid y ya mas no dudo;
¿era divisa en su escudo
una cruz en campo de oro?

RUG. Si, mas calmad mi impaciencia.

BEPPO. ¡Gracias, Señor! (Al cielo.)

COND. ¡No adivino!

BEPPO. Hoy alumbras mi camino. (Al cielo.)
¡Hoy creo en la Providencia! (Con fuerza.)

RUG. Explícate.

BEPPO. Que explicar
poco tiene, vive Dios;
me salvó el conde, y yo á vos
tambien os voy á salvar!
Hoy se logra mi esperanza,
y cumplo sin inquietud
un deber de gratitud
y un deseo de venganza.

COND. Pero...

BEPPO. Comprendedlo al fin,
era este puñal dichoso
el que entregué á vuestro esposo,
al salvarme en San Quintin.
Deuda por él fué mi vida,
de entonces en mi memoria...

COND. Si, tan peregrina historia
es de mí bien conocida.

RUG. ¿Será verdad?

COND. ¡Oh ventura!

BEPPO. Tomad mi vida, señora.
JORGE. ¡Bravo! ¡Le daria ahora
un abrazo de ternura! (Enternecido.)
Perdona mis intenciones,
que de buena te has librado.
BEPPO. ¡Jorge! (Le tiende la mano.)
JORGE. Te hubiera abrasado
sin andarme en digresiones. (Con rudeza.)
BEPPO. Basta.
COND. ¡Me mata el contento!
BEPPO. Presto salid, sus castigos
temed...
COND. De mis enemigos
terriblos daños presiento.
RUG. ¿Y vos?
BEPPO. Me quedo á guardaros
las espaldas; á morir.
RUG. Yo no puedo permitir...
yo tambien quiero salvaros.
BEPPO. No os detengais, con el dia,
señor, imposible fuera
el huir: esa escalera
tomad.
RUG. Vamos, madre mia.
COND. ¡Pero tu muerte es cruel! (A Beppo.)
BEPPO. No temais mientras yo aliente
que seguiros nadie intente.
JORGE. ¡Me quedaria con él!
(Se dirigen á la derecha.)
BEPPO. ¡Presto! ¡huid! (Desde la izquierda.)
(Desde la puerta de la derecha.)
RUG. ¡Negro destino!
COND. ¡Dios mio!
RUG. ¡Ya no hay manera!
BEPPO. ¿Cómo? (Yendo hácia ellos.)
RUG. ¡Bajan la escalera!...
JORGE. ¡Está cortado el camino!
(Jorge en la puerta de la derecha con Beppo, miran hácia dentro con inquietud. En el otro extremo, la Condesa abrazada á su hijo.)
de luces los resplandores
veo, y escucho el rumor...

llegan. Pasemos, señor, (Á Rugiero.)
por cima de esos traidores!

COND. ¡Tiemblo, ay de mí!

BEPPO. (Á Rugiero.) Sin tardanza
al calabozo volveos,
y vos, señora, escondeos;
tened en mí confianza.

JORGE. (Cerrando la puerta de la derecha.)
Pronto, llegan.

BEPPO. De ese modo,
todo lo van á entender.

JORGE. No temais, dejadme hacer,
habrá tiempo para todo.

RUG. Adios, madre.

COND. (Le abraza.) ¡En él confio!

JORGE. Presto... (Desde la puerta de la derecha.)

BEPPO. No, no hay que tardar.
(Beppo acompaña á la Condesa á la estancia del segundo término derecha, luego lleva á Rugiero al fondo y cierra la verja: todo rapidísimo.)
¡Que Dios nos quiera salvar!

JORGE. Aun, Beppo, no desconfio.
(Solos ya, Beppo baja resuelto hácia Jorge, que permanece junto á la primera puerta de la derecha.)

BEPPO. Frente al peligro nos vemos.

JORGE. Su suerte será mi suerte.

BEPPO. ¡Su salvacion ó la muerte!

JORGE. Moriremos. (Resuelto.)

BEPPO. ¡Moriremos!
(Dándole la mano con gran efusion.)

VOZ. (Dentro.) ¡Abrid!

BEPPO. ¡Abre!

JORGE. Mi esperanza (Abre la puerta.)
vacila... llegan... ¡valor!

BEPPO. (¡No hagais que muera, Señor,
sin que cumpla mi venganza!)

ESCENA VI.

DICHOS, el DUQUE DE ALBA, seguido de MENDIVIL y varios criados con luces. Entran por la derecha. JORGE se rebuja en su capeton.

DUQUE. Alcaide... pronto, decid:
¿dónde está el conde?

BEPPO. Se encuentra
en las salas del tormento.

DUQUE. Aun no contenta Bruselas
con los castigos pasados,
hoy se levanta soberbia.

BEPPO. ¿Cómo?

DUQUE. Todas las medidas
quedan tomadas; si fuera
tanta la audacia del pueblo
que osara esta fortaleza
sitiar... en cuanto sus gritos
oigais, sobre las almenas,
de los que allá dentro gimen
enclavareis las cabezas.

BEPPO. ¡Oh!

DUQUE. ¿Lo escuchasteis?

BEPPO. Señor,
es mi norte la obediencia.

DUQUE. Seguidme; vamos ahora;
de mis propios labios sepan
las órdenes cuantos fieles
sirven al rey, mi presencia
infunda valor y aliento
á los guardias que allí velan.
(Sube por la galeria del fondo, seguido de los criados.)

ESCENA VII.

BEPPO, JORGE, la CONDESA.

Gran ansiedad en todos. Beppo corre al cuarto de la derecha; Jorge sigue á los que suben, hasta verlos desaparecer. La Condesa se precipita en la escena. Rapidez en toda ella.

JORGE. ¡Dios os confunda!
COND. ¡Perdidos!
BEPPO. Lo habeis oido, Condesa:
un grito de esos rebeldes
y todo concluye!...
COND. Es fuerza
que ese grito no se escuche.
¡Mi razon se desconcierta!
JORGE. Yo que fiaba á los brazos
del buen pueblo de Bruselas
la salvacion de mi amo!...
¡mal haya la suerte adversa!
COND. ¡Se oye rumor!
BEPPO. Es el eco
del viento que allí se estrella:
(Señala la ventana.)
pensemos, Jorge.
JORGE. ¡Pensemos!
BEPPO. ¡No acierto!
COND. ¡Terrible pena!
(Pausa corta: un rumor sordo y creciente comienza á oirse por el respiradero de la izquierda. Los tres personajes dan un grito, se miran con espanto y los tres corren á la saetera. Ansiedad.)
LOS TRES. ¡Ah!
COND. ¡Dios mio!
BEPPO. Sin remedio
es ya la desdicha cierta!
COND. ¡Ellos los pierden! ¡los pierden!..,
¡Ay!
JORGE. ¡Insurreccion funesta!
¡Mirad!... (Procurando asomarse por el ajimez.)
BEPPO. ¿Qué ves? (Con terrible ansiedad.)

COND. (Id.) ¿Qué se escucha?
JORGE. Á pesar de las tinieblas
allá bajo se ven gentes
y al resplandor de las teas
brillan las armas!
COND. ¡Oh espanto!
JORGE. ¡Callad!
BEPPO. ¿Qué escuchas?
JORGE. Resuenan
gritos terribles... parece
que se halla toda Bruselas
debajo de esta ventana.
COND. ¡El cielo nos favorezca!
JORGE. ¿Qué hacemos?
COND. Pronto, salir,
y que esos rebeldes sepan,
que con sus gritos peligran
de sus jefes las cabezas.
JORGE. Fuera mejor arengarlos
y asaltar la fortaleza.
COND. Es su perdicion segura
entonces.
JORGE. Mas...
BEPPO. La Condesa
tiene razon; por ahora
es preciso que comprendan
que aunque la victoria logren
será estéril...
COND. Que contengan
sus furores, ó nos pierden...
JORGE. ¡Por vida! ¡Cuando presenta
tan buen aspecto!...
(Mirando por el ajimez: aumenta el rumor.)
BEPPO. ¡Es preciso!
JORGE. ¿Y cómo?
BEPPO. Lanzarse es fuerza
entre las turbas.
JORGE. ¿Y cómo?...
tomada está la escalera,
es imposible salir
por allí. (Señala la puerta de la derecha.)
BEPPO. ¡Fatal estrella!

JORGE. ¿Adónde dá este? (Corre á la tronera.)
BEPPO. Á un abismo...
COND. ¡Cielos!
JORGE. Abajo resuena (Asomado.)
murmullo de agua.
BEPPO. El canal
que al pié del muro se estrella.
JORGE. ¿Qué altura?
BEPPO. Unos veinte pies.
JORGE. Rogad al Señor, Condesa,
por mí...
COND. ¿Qué intentas?
JORGE. Salvaros.
¡La Vírgen me favorezca!
(Jorge se arroja por el respiradero. La Condesa y Beppo dan un grito y caen de rodillas: sigue el rumor fuera.)

ESCENA VIII.

La CONDESA, BEPPO, luego VARGAS.

COND. ¡Velad por él! (Al cielo.)
BEPPO. Dios del cielo,
toma mi oracion en cuenta
y salva á ese pobre mártir
de lealtad y nobleza!
(Se levanta y corre á la ventana.)
Nada se mira... los gritos...
COND. Aun se oyen...
BEPPO. ¡Se oyen mas cerca!
COND. ¡Oh dolor!
BEPPO. Vienen... Entrad
(A la Condesa. Mirando á la izquierda.)
por última vez, Condesa.
(La Condesa aterrada se retira hácia el fondo ocultándose de la vista de Vargas.)
VARG. (Saliendo por la izquierda.)
¡Qué gritos, qué confusion!
¿Lo que eso indica sabré?
BEPPO. Señor, es sencillo á fé:
que estalló la rebelion.

VARG. ¿Sabrá el Duque reprimirlo,
si llegó al fin á escucharlo?

BEPPO. Fuera locura el dudarlo:
que bien ha podido oirlo.

VARG. ¿Dónde se halla?

BEPPO. Allí subió.

VARG. Voy al momento.

BEPPO. (Le detiene.) Esperad.

VARG. ¿Cómo?

BEPPO. Ahora, perdonad,
pretendo una merced yo.

VARG. ¿Tú?

BEPPO. Si á fé, y es muy sencillo.

VARG. Espera, en otra ocasion...

BEPPO. No hará falta...

VARG. ¡Qué teson!
¿Y qué quieres?

BEPPO. Vuestro anillo.

VARG. ¿Mi anillo?

BEPPO. Si por mi vida.

VARG. Y qué intentas...

BEPPO. Por si acaso,
para abrirme franco paso
es prenda reconocida.

VARG. ¿Salir quieres?

BEPPO. Al momento.

VARG. ¿Te asustan esos clamores?

BEPPO. Nunca tuve á los traidores
aficion.

VARG. Mucho lo siento,
mas hallo tu empeño loco.

BEPPO. ¿Os negais?

VARG. ¿Á qué insistir?

BEPPO. Pues yo de aqui he de salir,
ó no salis vos tampoco. (Con resolucion.)
(Vargas fija la mirada en Beppo, que con semblante fiero le domina.)

VARG. ¿Cómo?

BEPPO. ¿De vuestro destino
es tanta la dicha aqui?
Ya no se acuerda de mí
Gelver, el ruin asesino?

VARG. ¡Beppo! ¡Beppo! (Estúdiese.)

BEPPO. El mismo soy,
en tu senda me crucé,
vengarme de tí juré,
resuelto á cumplirlo estoy!

VARG. ¡Beppo! (Suenan mas los rumores.)

BEPPO. Pierde la esperanza...

VARG. ¿Eres tú?

BEPPO. Yo; no te asombre;
no has olvidado mi nombre,
conocerás mi venganza!
(Le apunta con el pistolete que le dió Jorge.)

VARG. ¡Hola! ¡Soldados!...

BEPPO. Tendido
quedas á mis pies, traidor,
si gritas.

VARG. De mi furor
tiembla.

BEPPO. ¡Detente!

VARG. ¡Bandido!
(Vargas quiere avanzar hácia el foro, Beppo le corta la retirada; entonces retrocede á la puerta de la derecha, y en su dintel se traba una lucha, desapareciendo un instante los dos.)
Hola, soldados, aquí...

BEPPO Yo tus voces ahogaré.

VARG. En tu muerte gozaré...
(Desaparecen un momento luchando. Vargas pugnando por deshacerse de los brazos de Beppo y gritar.)

VARG. ¡Ay! (Dentro.)

BEPPO. (Apareciendo en el dintel con la daga en la mano, que deja caer, y cerrando la puerta.)
¡Mi venganza cumplí!

COND. (Saliendo horrorizada hácia él.)
¡Beppo! ¡Beppo!

BEPPO. Es el destino
que su muerte ha decretado.

COND. Camino en sangre bañado
¡es un horrible camino!

BEPPO. Á dos deudas consagrada
corrió mi existencia fiel:
señora, en ese dintel

queda una de ellas pagada.
COND. ¡Me horroriza!
BEPPO. Conseguimos
(Mirando hácia la izquierda con ferocidad.)
su silencio, á lo que creo...
COND. ¡Llegan!
BEPPO. ¡El de Alba! ¡qué veo!
COND. ¡Nos perdimos! ¡nos perdimos!

ESCENA IX.

DICHOS, el DUQUE DE ALBA, MENDIVIL y SOLDADOS por el fondo. El tumulto arrecia.

DUQUE. (Bajando precipitado seguido de los suyos.)
¡Hola! aqui de mis valientes:
del rey fieles defensores;
si llegan esos traidores,
corra la sangre á torrentes.
(Entran en las prisiones varios con Beppo.)
BEPPO. (¡Dame tu ayuda, Señor!)
DUQUE. Sabremos morir con gloria,
hijos, ó muerte ó victoria!
COND. (Deteniendo al Duque, que vá á salir con todos por la derecha.)
¡Detente, gobernador!
DUQUE. ¡La Condesa! ¡Trance fiero!
en tal sitio... ¿qué intentais?
COND. Aun dudais, Duque, ¿aun dudais?
¡Salvad, salvad mi Rugiero!
DUQUE. Nada mi ánimo quebranta,
y á los gritos de esa grey,
la majestad de mi rey
fiera ante mí se levanta!
COND. ¡Compasion para él os pido!
DUQUE. Es imposible, señora.
MEND. (Entrando por la derecha por donde acababa de salir.)
¡Señor!...
DUQUE. Se acerca su hora.
MEND. Señor... que nos han vendido.
DUQUE. ¿Cómo?

MEND. En su sangre bañado
junto al pié de la escalera...
DUQUE. ¿Qué dice...
COND. ¡Cielos, valednos!
MEND. El conde Vargas se encuentra.
DUQUE. ¡Oh, traidores! Tal infamia
castigaré... vos, Condesa,
sabreis quién fué el asesino...
¡venganza terrible y fiera!
COND. Vos no quereis que Rugiero...
DUQUE. ¡Sirvo al rey!
COND. Hombre de piedra...
¡Maldita de Dios la hora
que aqui llegaste!
DUQUE. ¡Condesa!
COND. ¡Sálvalo!
DUQUE. Tus defensores
hacen rodar su cabeza.
Esos gritos sediciosos
écos de muerte allí llevan! (Señala el fondo.)
(Los gritos de la multitud suenan cerca, percibiéndose ya los de ¡muera el virey! Viva la independencia, al asalto, etc.)
COND. ¿Oyes?...
DUQUE. ¡Qué escucho!
COND. ¡El leon
rotas deja sus cadenas!
Llegan ya...
DUQUE. ¡Dios poderoso!
salvémosle... (Yendo hácia el fondo.)
COND. ¿Huir intentas?
DUQUE. Apartad, no recordais
que si esos rebeldes llegan
á pisar este recinto
corta el hacha su cabeza?
COND. ¡Ay! ¡es cierto!...
(Recordando, dá un grito espantoso.)
DUQUE. ¡Si!...
COND. ¡Corramos!
¡Bendito! ¡bendito seas!
(Dan pasos hácia el foro.)
MEND. (Saliendo del subterráneo.)

Huid, virey... fiera lucha
sostienen en las tinieblas
de esa prision los soldados
con los presos!... gente llega
por allí tambien.
(Mirando á lo alto del fondo.)

DUQUE. ¡Son nuestros!...

(Por la galeria del fondo bajan precipitadamente el Jefe de arcabuceros y soldados.)

JEFE. Inútil la resistencia
es, señor; al fiero impulso
caen las paredes deshechas,
y destruyendo y matando
asaltan la fortaleza.

MEND. ¡Huid!

COND. ¡Salvadle! (De rodillas, al cielo.)

DUQUE. ¡Imposible!...

MEND. Aun es tiempo, esta escalera
(Vá á la derecha.)
se ve libre...

DUQUE. ¡Que huya dices,
cuando basta mi presencia
para hacer retroceder
esa canalla soberbia!

COND. Huid, si...

DUQUE. ¡Morir matando
es lo que el deber me ordena!
Yo haré del rey don Felipe
respetar la ley suprema,
nuestra será la victoria
y ¡ay de tí entonces, Bruselas!

MEND. ¡Huid!

DUQUE. ¡Á morir! (Á los soldados.)

COND. El cielo
cual yo el perdon os conceda.

DUQUE. Ya lo escuchasteis, valientes,
tan solo morir nos resta!...
¡Viva el rey!

SOLDADOS. ¡Viva!

DUQUE. ¡Seguidme
á castigar su soberbia!
(Vánse por la derecha.)

ESCENA X.

La CONDESA, RUGIERO, BEPPO, luego NAMUR, JORGE, PUEBLO.

El tumulto arrecia. La Condesa vá precipitada hácia el fondo, cuando por las verjas se precipitan á la escena Beppo, prisioneros y soldados: Rugiero vá á su frente acaudillándolos.

COND. ¡En Dios tan solo confio!
VOCES. ¡Viva Bruselas!
COND. ¡Qué oí!
VOCES. ¡Muera el virey!
BEPPO. Por aqui. (Apareciendo.)
RUG. ¡Madre del alma!
COND. ¡Hijo mio! (Se abrazan.)
(La pared del foro se abre en la parte alta, y el pueblo se precipita en la escena armado y llevando antorchas; Jorge vá al frente, todos bajan y forman grupo general.)
JORGE. ¡Que muera el tirano!
PUEBLO. ¡Muera!
JORGE. Beppo, al fin nos reunimos.
COND. ¿Pero vencimos?
BEPPO. Vencimos.
Huyó la canalla fiera.
RUG. Madre del alma, por vos
hasta olvido mi venganza.
COND. ¡Hoy renace mi esperanza!
BEPPO. ¡Bien has cumplido por Dios! (Á Jorge.)
¿Asi acallabas la gente?
el peligro has aumentado...
JORGE. Yo... confieso mi pecado...
pero soy tan impaciente!...
Cuando en la calle me ví
al combate me lancé!...
BEPPO. Señor, pagada dejé (Á Rugiero.)
la deuda que os ofrecí.
RUG. ¡Beppo! (Le tiende la mano.)
BEPPO. Mi dicha labrais,
hoy se acalla mi conciencia;

¡que viva la independencia!

TODOS. ¡Viva!

NAM. (Aparece en el centro del grupo, desfallecido por el tormento y sostenido por dos hombres.)
¡Benditos seais!

TODOS. ¡Oh!

RUG. ¡Namur!

NAM. Mi hora postrera
brilla mas clara un momento;
¡Oh Dios! la dicha que siento
mi labio expresar quisiera!...
Valor, hijos, con valor
la victoria alcanzareis,
y á la patria salvareis
del tiránico rigor...
En vuestra constancia estriba
el lograr la libertad.

BEPPO y OTROS. ¡Viva Namur! (Con entusiasmo.)

NAM. (Con fuerza.) No, callad;
decid, ¡viva Flandes!

TODOS. ¡Viva!

NAM. Pueblo, de la gloria en pos
corre siempre... y pues triunfamos,
de rodillas bendigamos
¡la omnipotencia de Dios!
(La Condesa abraza á su hijo: Namur en el centro del grupo bendiciendo á la multitud; todos caen de rodillas: á lo lejos se oyen los gritos del pueblo y las campanas y músicas. Cuadro.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado la presente obra, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice.

Madrid 18 de abril de 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Guerras de Flandes es un drama pensado y escrito en poco mas de quince dias para cubrir la exigencia de un compromiso; bien se me alcanza que esta aclaracion no conseguirá suavizar la justa crítica con que el público tiene derecho á recibir las obras que se le presentan; sin embargo, sirvan estas líneas, si no para enmendar el yerro cometido, para aminorar un tanto sus proporciones.

La lucha tremenda y fiera de Felipe II con las provincias flamencas, esa lucha que no parece sino las represalias de Segovia y Villalar, se habia presentado á mis ojos siempre como un curioso tesoro de terrible y al par dramática poesia; ignoro si meditando hubiese alcanzado trazar un plan mas digno, y creo por otra parte, que el presente bosquejo dramático podria ser muy bien el lienzo de un cuadro que solo existe en la imaginacion del poeta, entonces podria decir como el gran Victor Hugo dice al frente de su *Hernani*: «aun no ha llegado el momento de juzgar definitivamente de esta obra; no es hasta ahora mas que la primer piedra de un edificio que existe completo en la cabeza de su autor.»

Por lo demas, me honro al declarar, que si en esta produccion existe algo que atendible sea, deberáse á los consejos y buen deseo del muy respetable é ilustrado Sr. D. Antonio Ferrer del Rio.

Al consignarlo asi, el poeta cumple á la vez con la gratitud y el cariño.

COMEDIAS [illegible]